

nuevas
**ESCRITURAS
CANARIAS**

Dolores Campos-Herrero

BASORA
CUENTOS

1

BASORA

nuevas
ESCRITURAS
CANARIAS

Director

Juan-Manuel García Ramos

Directores literarios

Agustín Díaz Pacheco

Emilio González Déniz

Coordinador

Maximiano Trapero

Producción

Carlos Gaviño de Franchy

Diseño

Juan F. Álamo Torres

Corrección

Juan Antonio Martínez de la Fe

Secretaría

Mireya Jiménez Jaén

Dolores Campos-Herrero

BASORA
[Cuentos]

Islas Canarias
1989

© Para el texto el autor



© Viceconsejería de Cultura y Deportes
del Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-55-5

Depósito Legal: 961/1989

Fotocomposición:

Luis J. Hdez. Borges. Tel. 24 13 45

Fotomecánica e impresión:

Nueva Grafica, S.A.L.

Eduardo de Roo, 29 - Tel. 65 46 56

La Cuesta de Argujón - 38320 La Laguna - Tenerife

Foto: Rafa Avero

INDICE

Págs.

I

- Basora	13
- En el café viejo	23
- Bar City	29
- Siroco	37
- La tarde se puso extraña	43
- Alejandra me mira	51
- La casa nueva	61
- Última confesión	67
- Para lo que sirve el dinero	73
- Este pequeño dolor	83
- ¡Oh, por favor, que no vuelva a sonar el teléfono!	87
- Intocable	93
- Viajes	113
- Tatuaje	121
- La manía de Esther	127

- Carta a papá	133
- De algunas cosas cercanas	139
- Oscuro y brillante	149
- Otra vez Basora	157

II

- Corazón débil	169
- El escándalo	175
- Más allá de la ciudad	181
- Problema final	187

*Las viejas historias, a menudo,
resultan ser auténticas*

Arthur Machen

I

BASORA

Emilia y Antonio habían prometido reunirse conmigo. Yo había llegado a Basora el día convenido y ya habían transcurrido prácticamente dos semanas sin que ellos dieran señales de vida.

Habíamos planeado este viaje con todo lujo de detalles y, si nos ateníamos al programa previsto, apenas si se retrasarían un par de días en Barcelona donde iban a visitar a la hermana de Antonio, una mujer de veintiséis años que acababa de quedarse viuda. La hermana de Antonio se llamaba Elena. Eso era cuanto yo sabía.

Una ciudad como Basora se hace difícil en soledad. En julio, el calor era denso; el clima, cargado y distinto al que yo estaba acostumbrada a soportar en mi pequeña ciudad de interior.

Por las tardes, me tumbaba en la cama con las ventanas abiertas de par en par y al lado del teléfono, esperando una llamada de larga distancia o un golpe en la puerta que me avisara de una visita imprevista.

Los primeros días, la inquietud, unida al calor, parecía haber cortado de golpe mi apetito. A mediodía casi me contentaba con llenarme la boca de dátiles, dátiles morenos, dátiles sabrosos y grandes que se deshacían, dulzones.

Cuando comenzaba a caer la noche era cuando empezaba a notar el vacío evidente de mi estómago. Un hambre voraz me devolvía a la realidad de un cuarto con suelo de madera, sábanas pegajosas y alguna que otra cucaracha corriendo por los bajos del armario. Entonces me duchaba con agua fría, me ponía unos pantalones y una blusa blanca y bajaba al discreto restaurante del hotel.

Los camareros que me miraban no parecían demasiado interesados (a juzgar por su expresión indolente) en averiguar qué haría una europea sola y discretamente hermosa en aquel lugar del país.

En el comedor había casi siempre algún iraquí acaudalado, algún comerciante de paso hacia Bagdad, uno o dos americanos, europeos del norte, viajeros incansables del golfo y yo.

—Hola, yo me llamo Henry —se me presentó un orondo yanqui, deseoso de trabar conversación, al que conseguí eludir—. Y es que, a diferencia del personal de servicio, la clientela sí que parecía intrigada por mi presencia, la única mujer en un hotel que no era precisamente de cinco estrellas.

Basora es una ciudad sitiada, una ciudad rodeada de palmeras; mancha verde que sirve de frontera e insinúa la cercanía de un río antiquísimo. Las calles de Basora son un laberinto blanco, un laberinto de cal que desemboca siempre en la mezquita; un complejo trazado, interrumpido de vez en cuando por un arco. Basora es una arquitectura hermética y cerrada que oculta, a los ojos del viajero, el reposo de los hogares, el otro lado de los blanquísimos y cegadores muros.

Fue a los diecisiete días cuando decidí aventurarme por ese entramado de la ciudad y adentrarme por los

arrabales a los que nunca me había atrevido a ir. Intenté confundirme, cegarme con la algarabía, con el incesante ir y venir de voces en árabe y francés mientras la chiquillería descalza alargaba su mano para que pusieras en ella aunque sólo fueran dos o tres milímetros. Si caías en la tentación de ofrecerles algún dinar lo atrapaban al vuelo y huían desesperados como temiendo que reconsideraras el gesto dadivoso.

Una noche tocaron a mi puerta. Corrí a abrir, culpándome por mi impaciencia, dispuesta a reconocer ante Emilia y Antonio que yo era una maldita desconfiada.

Abrí, el ambiente se refrescó gracias a la corriente de aire formada; abrí y no era Emilia ni era Antonio. Llevaba una botella de aguardiente en la mano y unos ridículos pantalones cortos.

Rubicundo, coloradote y fofó, Henry me sonreía.

—Me gustaría beber en su compañía y a su salud —me dijo en inglés y a modo de saludo impetuoso—. No esperó invitación alguna y, por supuesto, no aceptó la negativa que, evidentemente, podía leerse en mi gesto y que corroboré con palabras. Aun así, entró en mi cuarto y cerró tras de sí. Se sentó y llenó dos vasos de color ámbar que llevaba en sus bolsillos.

—Gracias..., pero yo preferiría estar sola —aventuré.

Henry movió la cabeza con reconvención.

—Cállese —ordenó mientras me alargaba el vaso ya lleno.

Bebí para ganar tiempo, para pensar en la mejor manera de echarlo. El aguardiente me abrasó, lloré involuntariamente rápidas lágrimas de abstinencia y me estremeció lo amargo.

Henry degustaba la bebida despacio y tan pronto me miraba a mí como a la habitación. Encima de una silla

había abierta una maleta, porque cuando llegué (ya hacía más de dos semanas) el armario me produjo una cierta repugnancia; desde entonces mi equipaje estaba prácticamente sin deshacer.

El americano se acercó y curioseó entre mis ropas como si no existiese razón alguna que le impidiese husmear.

Empezaba a dolerme la cabeza. No sabía qué hacer, a quién acudir. No sabía cómo persuadirlo para que abandonase mi habitación. Iba a pedirle en mi torpe aunque claro inglés que me dejase sola cuando se volvió a mí, perdida toda mansedumbre, y dijo simplemente:

—Desnúdese.

La crueldad, lo injusto, siempre nos aniquila, nos zandea, nos hace sentirnos miserables como si la ignominia ajena formase parte de nuestro personal e intransferible legado. Yo no sé quién era la mujer que se miraba a la mañana siguiente en el espejo gastado, aunque aquella cara desvaída, efectivamente fuese la mía.

—Esta ciudad —maldije mentalmente—. Odio esta ciudad—. Pensaba y ni siquiera lograba estremecerme el vuelo raso de los aviones, las noticias del diario francés que hablaban de nuevos encontronazos en el Golfo Pérsico.

Basora era sólo el comienzo del viaje. Sin embargo, yo y mis maletas habíamos deambulado ya un rato. En Londres estuve sólo unas horas, las justas para enlazar con Bagdad, en donde permanecí todo el día pero apenas si pude conocer la capital, deseosa como estaba de encontrar el autobús que había de llevarme, entre polvo y un horizonte inmutable, a la ciudad de Basora. ¿Por qué elegimos aquel punto del mapa? Lo he olvidado ya pero sí recuerdo que Antonio propuso remontar el Eufrates, acercarnos a Bagdad y saltar a Damasco.

—En Bagdad no vamos a encontrar las mil y una noches precisamente —les dije yo, pensando en la conveniencia de no acercarnos a los puntos más peligrosos del país.

—Será como jugar a la ruleta rusa —se rió Antonio.

—No lo veo tan divertido —les advertí y les expliqué que Basora sería mucho más segura. Desde Basora, atravesando Arabia Saudita, podríamos llegar hasta La Meca.

—Como buenos mahometanos —bromeó Emilia.

Emilia no hablaba demasiado, la mayor parte de sus decisiones las dejaba en manos de Antonio y, por tanto, tampoco se enfadaba demasiado cuando éste elegía erradamente. Era irritante discutir con él porque siempre sabía que Emilia, que casi nunca hablaba, intervendría a su favor. Emilia me sacaba de quicio.

—Hay que ir a Bagdad —insistían ellos que sentían una especie de particular simpatía iraquí tan sólo por el hecho de que el país hubiese participado en todas las guerras contra Israel, desde la de 1948 hasta la del Yom Kipur.

—Lo decidiremos en Basora —atajé yo y todos estuvimos de acuerdo.

Ahora me arrepiento de haber planeado este viaje con ellos. Fue algo estúpido. Cuando nos encontramos esta primavera hacía demasiado que no nos veíamos. El tiempo, sin embargo, no había atenuado nada. Él seguía siendo alguien amado pero me di cuenta enseguida de que su relación con Emilia había llegado a ser demasiado importante para él. Como buenos amigos quedábamos para cenar, para ver alguna película, para beber cerveza en la puerta de los bares de moda; formábamos un trío curioso.

De alguna forma, Emilia lo defendía de mí y ambos

nos acostumbramos a ello, a la comodidad de un pasado perdido aunque, en mi caso, el deseo no había muerto.

Me gustó la idea, me ilusionó el viaje porque suponía compartirlo casi todo con él durante un mes. Con un poco de suerte, me reía interiormente, antes de llegar a La Meca se convierte al islamismo y a la poligamia.

Antonio era absolutamente fiel; Emilia no tenía ningún recelo respecto a mí y yo, la verdad es que había acabado conformándome con las gratificaciones que depara una relación contemplativa. Así estaban las cosas.

El 20 de julio me desperté con fiebre. Me dolían las articulaciones y la cabeza y todo mi cuerpo desprendía un calor añadido al calor ambiente. La fiebre me sumía en un sueño interminable que de golpe era cortado por algún ruido. De vez en cuando, la sed me llevaba al cuarto de baño; del grifo del lavabo salía un agua salobre, incapaz de saciarme.

Volvía a dormirme una hora o dos.

Pasé dos días enteros acostada en la cama, empapada en sudor a ratos y, a ratos, tiritando de frío.

La mañana que me levanté estaba muy debilitada pero hice esfuerzos por ponerme en pie. Abrí algunas latas de provisiones que llevaba encima y bebí el líquido dulzón de los melocotones en almíbar, el aceite espeso de las sardinas prensadas; masticué carne hasta sentir arcadas.

Después me duché y me puse unos viejos vaqueros y un jersey de manga larga y salí a la calle; allí donde el polvo y el sol me cegaban.

Me cansé pronto de caminar y tuve que coger un taxi para volver al hotel. En el vestíbulo había rostros nuevos o tal vez rostros que habían estado siempre y que yo no recordaba siquiera. Me miraban porque no era frecuente

ver sola a una mujer y porque yo seguía siendo, pese a la enfermedad y el descuido, medianamente hermosa. Un alemán me repasaba con descaro de la cabeza a los pies. Se acercó y me dijo algo que no quise escuchar. Comencé a ganar las escaleras con decisión. Ya nada me arredraba, tan sólo estaba cansada. En la habitación abrí la ventana y contemplé largamente los palmerales, el azul intensísimo del mar, la bruma de calor que empañaba el horizonte.

Miraba todo aquello desde hacía un mes y hasta que la noche caía y las cucarachas corrían de un lado a otro del armario. Debería marcharme, me decía, aunque sabía que lo que me faltaban eran fuerzas y no ganas.

Hacia veintiocho días que había llegado a Basora cuando una tarde llamaron a la puerta. Me acerqué despacio por la debilidad pero no medrosa.

Abrí y me topé con un hombre que hablaba en francés y me tendía una carta. Una carta, vi luego, urgente, procedente de España.

Estoy desolado, leí. Me costó comprender aquellas palabras y tuve que volver sobre el papel.

Estoy desolado, releí.

Yo estaba en Basora pero Antonio, no. Antonio llevaba un mes en Barcelona intentando recuperar a Emilia.

Se ha ido con otro, me contaba en la carta larguísima que arrugué; en la carta que lancé con ira contra una cucaracha de dos centímetros que avanzaba por el espejo.

EN EL CAFÉ VIEJO

En el café viejo no hay suficiente luz, las ventanas dan a un patio interior y el alumbrado eléctrico es mortecino; el humo del cigarro de los parroquianos sube en volutas hacia el techo y llena el aire de una densidad que podría palpase y que torna irreales los rostros de los que se miran.

Hay algunas moscas alrededor de la lámpara de formas pretendidamente elegantes y nubes de voces que se superponen unas a otras y ayudan a formar una algarabía, una confusión que aturde a cualquiera que, en silencio, permanezca ajeno al avispero de palabras, al calor de la charla y la discusión. Bajando una escalera estrecha se llega a un semisótano; allí, junto a la barra, adornada de una pared repleta de licores, es posible apostar y jugar a todos aquellos divertimentos de azar que la ley no autoriza.

Alguna vez cierto grupo de disolutos, señoritos ávidos de emociones, han elegido la ruleta. El vaivén continuado de las voces no ha permitido, entonces, escuchar la detonación ni el consiguiente golpe seco sobre el suelo granítico. La ruleta, exótica, de la tundra, de los boscosos parajes rusos, ha concluido con un balance mortal, con un cadáver que un camarero discreto ayuda a sa-

car. Sus compañeros de farra, excesivamente embotados por el alcohol, no parecen aún darse cuenta de que han ganado la apuesta.

En el viejo café las mesas son redondas, mitad de mármol y mitad de hierro y las sillas, incómodas y desgastadas. Una mujer ha pedido absenta y bebe silenciosa como rumiando alguna historia.

En esta covacha sucede todo y a nadie le extraña, pues, que una de las mesas próximas a la pared esté ocupada por dos personajes casi opuestos: un hombre, un hombre viejo y enjuto y una mujer, una mujer de negro que apenas llega a los dieciocho años.

El hombre mira a la niña con ojos taimados y esboza una sonrisilla mientras se acomoda en la silla, echando hacia atrás la espalda. Tiene una barba color azafrán y el pelo, que es ligeramente más oscuro, le escasea.

Lleva un traje negro de paño y no se ha desabrochado ni un botón sólo del chaleco que completa su indumentaria. En la calle corre el mes de marzo, pero aquí, en este interior al que no ha llegado el viento, la temperatura es más tórrida. La joven ha estado todo el tiempo escuchando las palabras del viejo, casi siempre con ansiedad y, en algún momento, con una sombra de tristeza. Viste de negro y tiene la piel exageradamente blanca. Los cabellos, que son largos, están recogidos hacia atrás y sellados con un broche barato. La mujer, de repente, ha acercado el rostro a la superficie fría del mármol y se ha tapado con las manos. Podría estar llorando pero resultaría difícil afirmarlo porque no se advierte estrechamiento alguno en la línea perfecta de su espalda. Si se tratara de una niña, podría pensarse que un súbito agotamiento la ha llevado a dormirse.

El hombre es siniestro porque parece que la pesarosa

reacción de la muchacha le satisface. La mira sin pronunciar palabra y toma entre los dedos la copa de coñac que hasta ese momento ha permanecido intacta. Bebe muy despacio sin perder de vista el cuerpo sin movimiento de la chica, como esperando que ella tome, de una vez, la decisión.

La muchacha de negro está inmóvil, tan inerte que diríase que ha muerto, pero cuando algunos parroquianos empiezan a fijar, con curiosidad, su atención en ella, se yergue entre tímida y arrogante.

El viejo mide su gallardía con la mirada y dice algo. Se ha terminado su alcohol, deja dos monedas sobre la mesa y se levanta. Ella lo imita; ambos ganan la puerta; los cortinajes aterciopelados rojos que guardan la salida. Ella es más alta que él, camina con una jactancia que hace destacar el paso vacilante del viejo.

Yo, detrás del mostrador, sacándole brillo a los vasos, con mi larguísimo mandil y sirviendo algún que otro aguardiente, he seguido la escena.

Ningún otro cliente me ha interesado hoy, ni la bebedora de absenta, ni el gordo Horacio, ni los jugadores del sótano.

Cuando ellos se han levantado, yo he abandonado también la barra y los he espiado un instante con discreción absoluta. Me he escondido entre las cortinas de la entrada y los he visto caminar por la acera como un par de fantasmas, hasta que el viejo ha parado un taxi que los ha llevado a una dirección que desconozco.

Durante toda la noche me he sentido bajo el peso de la escena, he servido con rabia a la sarta de usureros que por aquí vienen y he temido, de pronto, que el personaje de esta tarde sea tan sólo uno de ellos. ¿Qué le habrá pedido a la chica a cambio de algún pagaré en

su poder que se vence?, ¿qué trueque?, ¿qué negocio?, ¿qué compraventa se traerían entre manos?

Las horas caen pesadamente, la caja registradora se abre con estrépito, y entran y salen monedas y los clientes abandonan el local, embriagados de alcohol barato. Las moscas forman extrañísimos dibujos sobre la lámpara. La atmósfera es hoy mucho más pesada que nunca.

Recuerdo a la muchacha abatida, joven, hermosa, toda indefensión, una muchacha con esa clase de belleza que parece por encima del tiempo.

Me estremece recordarla y, de repente, sin saber cómo, he quebrado el cristal, la copa que tenía entre los dedos. El patrón se me acerca pero su gesto es más inquieto que airado. Me dice que es natural que esté nervioso y me coloca una mano paternal en el hombro.

—Esta tarde —pronuncia muy quedo—, nos visitó el demonio.

BAR CITY

—¡Eh, camarero!

El muchacho se acercó, adelantó ligeramente la cabeza para escucharle mejor.

—Otra, por favor —dijo el cliente.

—¿Era martini seco con vodka y sin agitar?

—Exacto, exacto —y el hombre pensó que era un buen muchacho aquel joven que se movía detrás de la barra.

El barman estaba de espaldas, abría con profesionalidad botellas y un chorrito de líquido coloreado chocaba contra las piedras de hielo en el fondo del vaso.

—Es la combinación que bebe James Bond —balbuceó penosamente.

Tenía la corbata deshecha.

La música amortiguaba sus palabras, enmudecía el choque de los vasos contra la madera oscura de la barra... y escondía, incluso, los golpes desasosegados de su corazón.

El hombre llevaba una americana gris.

—Beba conmigo.

—No puedo, estoy trabajando —el barman pensó, ya tenemos la de todas las noches.

—Tiene usted buena mano para las copas, esto está bueno ¿sabe?

El otro asintió con la cabeza y miró a su alrededor. Estaban solos, eran dos hombres solos, solos y allí, amarrados a quién sabe qué deber.

—Jodido lunes —murmuró el del bar.

—Oiga, y si cerrara y nos fuéramos juntos a otra parte.

—Si el local fuera mío, no le diría que no, pero tengo un horario que cumplir.

El hombre estaba borracho, bebió un sorbo largo y comenzó a sentir el estómago anudado.

—¿Oiga, dónde está el lavabo?

—A la derecha.

Daba tumbos, se apoyaba en las sillas desiertas; en las mesas, hoy ajenas a toda algarabía.

—Tenga cuidado, que hay un escalón —le advirtió el joven empleado.

—Gracias —respondió el otro.

El hombre estaba despeinado. Se acercó al espejo y vio las marcas borrosas de su cara. Abrió el grifo y el chorro le salpicó. Se llenó las manos de agua y se frotó la frente. Después se acercó al water y dejó que el alivio de desbeber le hiciera cerrar los ojos. Dónde estoy, se preguntó a sí mismo y tardó unos segundos en recordar el local semioscuro, las botellas alineadas frente a él, el amigo de la chaquetilla blanca.

Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Se siente bien? —le preguntó el camarero mientras él se sentaba en aquel taburete cada vez más alto, inescalable.

—¡Eh..., pero ya está vacía! —se extrañó—. Oiga, póngame la última.

—Ya lleva siete...

Por toda respuesta extrajo dificultosamente del inte-

rior de su chaqueta el billetero. Sacó uno de cinco y se lo puso en la mano al tipo del bar.

—Venga, póngame la octava.

—Tenga...

—Yo me llamo Andrés —dijo—, ¿y tú?

—Juan —respondió el otro con benevolencia.

No sabía cómo diantres había llegado hasta allí, al lado sur de la ciudad. Pero no importaba ahora que era casi feliz y que ni siquiera recordaba por qué se había puesto a beber aquella noche.

—Tome —invitó el camarero—. Ésta ya es la última, tengo que cerrar...

—Oiga, Juan, usted es un buen tipo.

La última se la bebió de un trago y ni siquiera percibió el sabor, lo amargo y cálido, el calor de la bebida en la garganta. Era como si su gástrico se hubiera vuelto de corcho, de repente.

Después se miró las manos, los nudillos anchos y supo que con ellas se ganaba la vida aunque no pudo recordar cómo.

—Me han echado del trabajo, ¿sabe?; me han echado, son unos grandísimos hijos de puta. Me han puesto en la calle como si yo fuera..., como si yo fuera, una bolsa de basura... y no lo soy, no lo soy.

Tenía la camisa manchada, salpicada de mil bares y eso le daba un aire aún más desesperado.

—No se preocupe que por eso el mundo no se acaba...

—Yo era el mejor, el mejor.

—Bueno, amigo, no se derrumbe por tan poca cosa.

—Pero ¿con qué derecho lo hicieron? ¿Con qué derecho?

Lo último sería, pensó el barman, que se echara a llorar aquí.

—Mire, voy a cerrar y después, si quiere, lo acompaño a su casa, si es que no se encuentra bien.

—Se lo agradezco tanto.

El camarero hizo la caja, entró en un cuartito en el que se cambió de ropa y empezó a apagar las luces; encorvado sobre la barra, el otro lloraba.

—Vamos —le dijo.

Agarrados uno del otro empezaron a subir las escaleras. Afuera, la noche les esperaba con un frío de navaja.

—Echa el cierre Robespierre —bromeó el barman mientras giraba llaves y cerrojos.

El cliente no tenía mala pinta, llevaba un traje caro y el reloj era de marca.

—Apóyese a mí —dijo el más joven.

—¿Paramos un taxi?

—No, yo le llevo.

Era un renault blanco, un renault blanco y pequeño al que el hombre ebrio subió con dificultad.

Cuando empezaron a cruzar semáforos, sintió un repentino mareo, una arcada desagradable que le devolvió a la realidad de los cuatro o cinco bares en los que había acabado.

—¿Cómo se llama su bar? Se lo pregunto para volver otro día... —el otro le enseñó los dientes en una sonrisa forzada.

La ciudad quedaba atrás como en un sueño, atravesaban desiertas avenidas.

—¿Le he dicho que vivo en la plaza de Carlos III?

—No, pero no se preocupe; antes de ir a su casa vamos a dar un paseo para que se despeje... Imagínese qué espectáculo para su familia.

—Lo repito, es usted un buen tipo.

Por algún lado se adivinaba el río, el río semiseco que

dividía en dos la ciudad. Abrió la ventanilla y olisqueó el aire. En ese momento el coche se detuvo. El hombre miró a su compañero y vio la luna entre sus dedos. Le sonrió, el otro enseñaba los dientes entre unos labios carnosos y, de repente, sensuales.

Adelantó una mano y él pensó que lo iba a tocar; un tacto blando y amoroso.

Tenía esposa e hijos pero no le hubiera importado...

Fue entonces cuando empezó sentir aquella ternura en la garganta, algo muy punzante que le impedía todo movimiento.

—Ya me puedes ir dando todo lo que tienes encima, cabrón, ya me lo puedes ir dando, si no quieres que te raje —le apremió el otro.

SIROCO

Villamargarita se despertó sofocada. Todo el pueblo olía a polvo cuando se abrieron las primeras ventanas.

A las seis de la mañana, Toribio, el panadero, comenzó el reparto. Su furgoneta se abrió paso entre la raya blanquecina del aire. Momentos antes había movido el limpiaparabrisas para borrar los restos de tierra y humedad de los cristales delanteros. Pero todo fue inútil.

—Mierda —exclamó y entornó los ojos como si así fuera posible burlar a la majadera atmósfera.

Salió del renault con el saco de panes y se cruzó con Aníbal.

—Malos días —murmuró.

—No le tenemos que envidiar nada a Londres ¿verdad?

—¿Qué?

—Digo que la niebla...

—Ah, paparruchas.

La calle Héroes de la Independencia era estrecha, toda llena de viviendas de una sola planta y jardín. Cuidado con el perro se leía por doquier y, a cada intruso, los chuchos ladraban defendiendo la propiedad de sus amos, los ricos de Villamargarita.

Aquella mañana, detrás de la advertencia perruna apenas si podía verse un amasijo de tierra, formas incon-

cretas de laureles de indias y, como siempre, los pasos apresurados de las domésticas que respondían a la llamada del panadero.

El calor aún no era sofocante pero era de temer la avanzada del día; el mediodía caliente abriéndose paso por aquella maraña de vaho terroso.

—Maldito siroco, maldito —imprecaba Toribio, cuarenta y cinco años en Villamargarita y todavía no conseguía acostumbrarse a aquel condenado viento del Sudeste. Pensaba que no había nada peor.

No se podía ver el cielo, así que era inútil mirar hacia arriba; no obstante, el panadero no podía evitar hacerlo de vez en cuando. En el 54, Toribio tenía once años. El curso acababa de empezar y él iba hacia la escuela con su maleta de cartón cuando vio una mancha roja y espesa que avanzaba por el mar. Era una nube que se arrastraba a ras de agua y al llegar a la tierra, se deshacía y dispersaba. Cientos y cientos de langostas sobrevolaron el pueblo y no hubo escuela.

Todavía recuerda cómo él y su madre salían a la puerta a armar ruido con las cacerolas como mejor forma de combatir la plaga. Cuatro años más tarde, las langostas volvieron y el estómago se le contrae ante la posibilidad de ver aparecer sobre el cielo la bandada de insectos, sobre todo porque le viene a la memoria la imagen de su hermano de dos años en el patio de su casa; su hermano, inocente y feliz, masticando langostas.

—Después del siroco, era lo único que nos faltaba —razonó malhumorado, mientras realizaba el reparto mecánicamente, casi absorto como cada mañana.

La tienda de doña Benigna daba la impresión de estar a medio construir, más que nada porque ella se había empeñado en levantarle dos pisos más a la casa

familiar terrera y se había olvidado de encalar los laterales. Los laterales presentaban descarnadamente su interior, los grises bloques de cemento, los misterios simples de la construcción.

Doña Benigna era una más de las decenas de viudas en vida que poblaban Villamargarita.

—El siroco tiene la culpa —opinaba Toribio.

Y es que cuando soplaba aquella ventolera bochornosa a los hombres les entraba un desasosiego, una quemazón irremediable, una agitación, un estar en vilo, un no sé qué de zozobra que les llevaba a entrarse a la casa y decir:

—Carmen, voy a comprar tabaco. Tardaré un poco.

Y tardaban tanto como para desesperar a cualquiera y, después, ellas recibían carta desde La Guaira o Montevideo y ellos se empeñaban en hacer plata y en olvidarse del condenado viento. Porque el siroco de Villamargarita, lo decían todos, volvía locos a los hombres.

LA TARDE SE PUSO EXTRAÑA

Vivíamos con mamá y con las tías Clara y Ana. Las tías eran solteras, de edad semejante y hermanas de papá. Todos vivíamos en la casa que antes había sido de los abuelos. Alguna vez las tías nos sentaron a su alrededor y nos relataron historias de sus mejores años pero lo corriente era que ellas vivieran en su mundo y nosotros, o mejor dicho, yo, en el mío, particular y distinto.

Con frecuencia hablaban de papá que había muerto tres meses antes de que yo naciera y se referían a un pueblo remoto que ni nosotros, ni ninguno de nuestros amigos jamás había conocido aunque fuera el mismo.

—Entonces —rememoraban— se podía pasear sin miedo por la alameda.

Mi hermano Ernesto era mayor que yo. Se parecía a papá, según decían y hasta había heredado aquella enfermedad que tantas madrugadas lo mantenían en vela.

Cuando yo todavía era demasiado pequeña me asustaba del desacompasado silbido de su respiración pero después me fui acostumbrando.

Yacía en la cama como si fuera de trapo, extenuado y pálido. Mamá y las tías permanecían despiertas toda la noche y andaban con sigilo por la casa, ya buscando este remedio, ya este otro.

Yo lo escuchaba todo desde la habitación de al lado. Sentía una secreta rabia y después, cuando me dormía, soñaba que no me querían y que mi hermano, desde su cama de reyezuelo enfermo, desde sus privilegios de niño quebradizo, se reía.

Ernesto no siempre tenía aquellos ataques pero cuando era presa de ellos amanecía con un aire cansado, con una lividez rara que le permitía hacer cuanto se le antojaba. Yo quería jugar con él y sobre todo hacerle rabiar pero no me dejaban.

—No mortifiques a tu hermano —me reñía la tía Clara cuando me descubría intentando esconderle su tesoro: una botella de refresco, repleta de boliches de corazones coloreados.

Mi hermano leía a Salgari envuelto en mantas, centro de toda atención y cuidado, y yo recuerdo que pasaba las horas recortando muñecas de papel, a las que podía someter a los más crueles tratos.

Nunca le confesé a nadie que me imaginaba debajo de las ruedas de un coche, herida y maltrecha y diosa absoluta de la casa.

El hospital era blanco, mamá me peinaba con mimo, tía Ana me regalaba una Kodak y Ernesto, diez de sus trescientas canicas de vidrio. Cuando estaba a punto de llegar el médico en su visita rutinaria para aconsejar muchos cuidados, muchísimos cuidados a la niña, entraba mamá en la sala y rompía la historia.

—Niños, a cenar —decía.

Ernesto se levantaba, iba despacio y yo corría angustiada por el pasillo porque la realidad era que mis piernas seguían en su sitio y mis brazos y todo mi esqueleto de niña sanfísima.

—Clarita, haz el favor de lavarte esas manos —me ordenaban las tías.

Yo iba al colegio como todas las niñas aunque me hubiera gustado tener también un profesor particular. A Ernesto nunca le pegaban palmetazos cuando confundía las desembocaduras del Ebro y del Tajo y, además, sólo necesitaba empezar a resoplar como una locomotora vieja para que dieran por terminada su clase. La fatiga del niño era su salvoconducto para todo. Yo, a veces, a oscuras y en mi cuarto, intentaba sacar de mi pecho sonidos semejantes pero era inútil. Tuve que acostumbrarme a mi tragedia.

No me gustaba coser pero las tías se empeñaron en enseñarme.

—Clarita, ya casi eres una mujer y no puedes estar todo el día revolcándote por los suelos —me reconvenía tía Ana, la mayor de las dos hermanas de papá y la más adusta.

Mientras yo hacía vainica doble, Ernesto leía a Doyle o repasaba su colección de soldaditos que jamás me dejaba tocar.

—Tacaño asqueroso —le insultaba yo por lo bajo sin que él se inmutara.

—Déjame en paz —me decía siempre.

Me hubiera gustado asustarle pero no le impresionaban como a mí los cuentos de ánimas, las historias de almas muertas que penaban sin final por sus pecados en vida; habitantes del purgatorio que corrían de habitación en habitación y tiraban de los pies a los niños que se dormían sin hacerse la señal de la cruz.

—Hay muertos que jamás hallan descanso —me contaban en el colegio y después yo se lo decía a Ernesto; Ernesto me miraba con desdén porque la enfermedad

era su único mundo cierto, la única realidad posible, todo purgatorio y todo infierno.

Me asustaban los pasillos oscuros y el cuarto cerrado de la abuela que olía a naftalina.

Más de una vez temblé bajo las sábanas esperando el sueño, atisbando la raya de luz amarilla que se filtraba por la puerta; era en aquellas noches de ir y venir.

Normalmente, a mí no me importaba alcanzarle el bloc en el que dibujaba paisajes abiertos, ni traerle el vaso de agua para que se tragase la medicina ni, por supuesto, acercarme a su cuarto a por el libro forrado con papel brillante. Pero siempre pasaba lo mismo, no había hecho yo más que enfrascarme en mis cosas, empezar a ordenar mi maleta, por ejemplo, o afilar los colores, cuando él me mandaba a por algo.

—Vete tú —le respondía y en ese momento pasaban mamá y las tías y me regañaban.

—Qué poco servicial eres, hija mía.

Y a mí todo aquello me dolía; me dolía la tiranía de Ernesto y me dolían las palabras de ellas. Me sentía abandonada y malquerida y deseaba, debo admitirlo, que se doblase hasta la exageración, hasta no poder más sobre su frágil pecho de asmático.

Pero aquello era pecado. Si me muriese de repente me condenaría por los siglos de los siglos, me decía a mí misma y me sentía luego tan culpable que prometía regalarle a mi hermano, al día siguiente, todos mis cromos coleccionables.

Deseaba ir a la playa; no puede ser, me dijeron. Pura y Ángeles y la niña pálida, que se sabía siempre la geografía de Europa, sí que iban.

El mar era como un diamante aunque agosto a mí me pareció más cruel que nunca; el mar era un diamante

en la postal que recibí en casa y que guardé amorosamente entre mis libros de texto.

En la plaza del pueblo, tierra adentro, el sol caía vertical y abrasador. Todo era sequedad; sin embargo, yo escuchaba olas. Dibujaba gaviotas en mi cuaderno cuando escuché a la tía Ana.

—¿Quieres que le prepare yo la maleta? —le preguntó a mamá.

Eran las cuatro; yo conté cuatro campanadas en el reloj de la iglesia, me acerqué asombrada al cuarto de estar: allí estaba Ernesto y tenía un ligero enrojecimiento en las mejillas; se sentía feliz.

—El médico me ha recomendado un cambio de aires, otro clima más favorable para mi salud —me explicó plentórico.

Saldría a la mañana siguiente de viaje.

—Te escribiré todas las semanas —me dijo.

La tarde se puso extraña. Comencé a dibujar el mar sobre un papel mojado.

ALEJANDRA ME MIRA

Había conseguido dormirme cuando sonó el teléfono. Caminaba por un país accidentado, por una geografía lunar y mis pies se hundían con peligro mientras, a dos pasos, se abrían las profundas simas de lava. Llevaba un par de maletas en las manos y un mapa arrugado en el bolsillo. Me había perdido. Entonces sonó el teléfono. Me alegró saberme de nuevo en mi habitación, reconocer la silueta fea del armario, la ventana cerrada, la puerta protectora.

Sólo eran las doce y media, me deslicé entre las sábanas y corrí al salón. En ese momento, el maldito aparato se quedó mudo. «Mierda», exclamé malhumorado, mitad por el súbito despertar y otra mitad por el desasosiego que me produce no llegar a tiempo a una llamada; siempre tiendo a imaginar al otro lado del hilo un asunto ventajoso o una mujer espléndida.

Estaba sudando pero, en el fondo, alegre de haber salido de aquel laberinto de magma antiguo: un paisaje que me engullía y llenaba todas las paredes de la duermela.

Volví a la cama, las sábanas estaban húmedas y la almohada carecía de la tibieza que en otros momentos me abrazaba. Aun así, entré en el lecho y cerré los ojos. Pa-

recía que iba a ser fácil dormir de nuevo; cerré los ojos y cuando cierto sopor me invadió me sentí cayendo infinitamente.

Descendía vertiginosamente, descendía horizontal a no se sabe qué infiernos cuando una contracción muscular me dejó en la cama otra vez.

Di media vuelta, la nariz hundida contra la almohada, los ojos muy abiertos. Con los dedos comencé a enumerar las obligaciones del día siguiente: dos transferencias bancarias, avisar a los clientes de Bilbao, llamar a mamá que cumple 68 años, reconciliarme con Inés, dejar en la entrada el cheque para la señora de la limpieza, comprar una flauta dulce para Alejandra... Como si caminara por un desierto, fui perdiendo la dirección de mis pensamientos hasta que decidí levantarme.

Me preparé un jerez en la cocina y salí al salón. Por los grandes ventanales entraba una luz artificial que me permitía sortear los muebles sin tener que accionar el interruptor.

La calle era un escenario remoto desde allí: el piso doce de uno de esos edificios grises y horrorosos.

Las aceras estaban vacías pero las azoteas eran una jungla de antenas, tendederos y depósitos de agua. Bajo la luna las siluetas de cemento podían convertirse en formas humanas y el viento sonaba como una promesa de mujer.

En esta parte de la ciudad la noche era sólo el ladrido triste de algún perro, el zumbido de algún motor y el tic tac cada vez más escandaloso del reloj de cuco que me trajo de Suiza Inés. En un impulso repentino decidí ir a por la otra noche, la que inunda ciertos bares y desparrama sombras por el asfalto.

Me calcé, me vestí y cerré la puerta con suavidad. Era

agradable circular por avenidas casi vacías, esperar sin impaciencia los guiños rojos y verdes de los semáforos.

«Papi no te olvides» descubrí escrito en el exterior de la guantera, en una nota de grandes trazos pegada con papel celo.

Alejandra vive con su madre, vive con ella desde que tomamos la resolución de separarnos después de nueve años de accidentado matrimonio.

Victoria me culpa a mí; asegura que fue mi historia con Inés, amén de otras, lo que echó a perder una relación que podía haber sido duradera pero no tiene razón. En realidad es ella la que siempre fue insoportablemente posesiva, inflexible, dominante, terca. Alejandra tiene mucho de su madre; ambas poseen una mirada blanda que al principio diríase que esconde un carácter débil pero se trata sólo de una suavidad aparente porque tienen en el fondo de su naturaleza algo que las hace persistir indomables. Les gusta doblegar a los otros y son criaturas caprichosas y dispuestas a imponer sus criterios siempre, contra vientos y mareas.

Alejandra me mira, continuamente, con fijeza; incluso desde el retrato que me envió mientras practicaba su clase de violín. Tiene una mirada reconcentrada como si quisiese hipnotizar al pobre fotógrafo. Sus dedos se aferran con decisión al arco del instrumento. Está apoyada en la pared y unos leotardos oscuros cubren sus piernas delgadas. «No te olvides de nosotras», me dice siempre. ¿Es una súplica o un reproche?, me pregunto a veces.

Victoria la ha hecho así.

—¿Cómo está ésa? —me dice de pronto cuando estamos en mitad del almuerzo.

—¿A quién te refieres? —me hago el distraído.

—Sabes demasiado a quién me refiero. A ésa —insiste ella—. En ese momento los ojos de Victoria y Alejandra son iguales: furiosos, retadores, insolentes.

—¡Ah! Pues sí, está muy bien —respondo al final yo, como quien decide practicar un rato la esgrima.

—Deberías ocuparte un poco más de la niña.

—Jandri —pregunto yo—, ¿qué quieres que te regale para tu cumpleaños?

—Oh, no te molestes, papá —dice ella rápida y diabólica, apartándose de la cara los mechones lacios de una cabellera castaña hermosísima.

Yo le digo siempre que parece una de esas niñas que fotografiaba Carroll y ella me ataja irritada, con una seriedad poco apropiada para sus pocos años, con un «¿de quién hablas, papi?»

—De Lewis Carroll, nena. Ya sabes el autor del libro que te gustó tanto, *Alicia en el país de las maravillas*.

La comida de los domingos es casi siempre un suplicio, recuerdo, mientras voy dejando atrás los escaparares muertos de la ciudad viva que recorro de madrugada.

En una esquina una chica se sube a una moto. Pienso en Alejandra: dentro de nada será como ella. A mi condición actual de sujeto despreciable uniré, entonces, mi barriga fofa, las bolsas debajo de los ojos, la calvicie que ahora sólo es incipiente.

Aparco en una calle estrecha y voy a por una copa. Es uno de esos bares de suelo de madera en los que lo viejo no es más que un gusto ridículo por la nostalgia. Hay hombres y mujeres que hablan animadamente en un grupo numeroso y una pareja que se besa sigilosamente en una esquina. La luz es amarillenta. «Lumumba», dice un letrero. Coñac y chocolate con hielo: una mezcla caprichosa que pido.

La chica de la barra me lleva el combinado a la mesa.

—¿A qué hora cierras?

—No cerramos en toda la noche —sonríe ella—. ¿Quiere algo más? ¿Pinchos de tortilla? ¿Berenjenas?

Niego con un movimiento de cabeza y me concentro en la mezcla. La noche que reposa en los tejados se vuelve de pronto blanda y suave. Ya no me importa lo que pase mañana ni pasado mañana ni al otro.

No hay quien trague este Lumumba, me río yo para mis adentros y pido güisqui con soda.

Ahora la calle es de los navajeros, de las mujeres solas que recorren las esquinas, de los hambrientos que vigilan soportales, niñas solas, ascensores propicios. Salgo a la noche en donde los insomnes tienen su patria y el aire sabe a Canada Dry y a humo y al suave tacto de la *lumi* que me ha cogido del brazo.

—¿Te vienes conmigo, cariño?

—¿Cuánto? —pregunto yo.

Después voy solo; después voy a veinte y la ciudad psicodélica me grita. «Me has descubierto», canturreo yo. Enfilo la zona de moda y voy de bar en bar y entro y salgo y quién sabe cuántos pinchos de tortilla me ofrecen.

Hablo con desconocidas que no quieren ir a la India.

—Eso está muy pasao, tío —me dicen.

Se vienen conmigo y me dicen que soy una delicia, que aunque maduro, soy una delicia.

—¡Pero si sólo tengo 35 años! —argumento yo, beodo, mirando sus blusas abiertas. Me zambullo en ellas.

—¿Cómo te llamas?

—.....

—¿Cómo te llamas?

No sé cómo se llama ni me importa. Las noches sin

sueño son terribles y yo doy vueltas y más vueltas, perdido entre las sábanas, perdido entre reproches.

La chica me muerde una oreja mientras yo la registro a fondo.

—¡Qué demasiado! ¡Qué demasiado!

—¿Cómo te llamabas? ¿Rosa Luxemburgo? —le espeto yo muerto de risa cuando vamos hacia casa.

El ascensor sube despacio, tan despacio que parece que nunca fuese a llegar.

—¡Vaya unas prisas que tienes! —dice ella que me mira, mohína, con el rojo de los labios desdibujándole la boca.

—.....

—Y tú, ¿qué? ¿Has pasado los últimos diez años en el talego?

—¿Yo?

—Ja, ja, ja, ja.

—Muy graciosa.

—Estás un poco salido ¿no?

—Abrevia, muñeca —exclamo mientras la empujo hacia dentro.

—Y esta niña, ¿quién es? ¿tu hija? —pregunta la mujer frente al retrato.

Alejandra me mira. Desde su fotografía me mira como si fuera infinitamente sabia, como si estuviera por encima del bien y del mal y conociese los acontecimientos mucho antes de que sucedieran. Como si supiera esto mismo.

—Es preciosa.

Yo me llevo a Paulette Godard al dormitorio.

—Vamos, Paulita, ven conmigo al paraíso —susurro.

Y ella, Alejandra, la mala, me mira y grita como la primera vez.

—¡¡¡Mamá, mamá, papá está en la cama con una
mujer!!!

LA CASA NUEVA

Era forastera. No llegó a hablar en ninguna lengua desconocida, ni tuvo tiempo para mostrar esos hábitos de conductas que siempre han distinguido a los hombres y mujeres de nuestra aldea de otros hombres y mujeres de otras aldeas.

El primero que la vio fue el albañil joven, el que apenas si lleva trabajando con nosotros una semana. No llegó a proferir palabra alguna. Como si fuera mudo, simplemente levantó la mano y señaló el horizonte por el que ella ya se insinuaba.

La muchacha, una hora antes, seguramente sólo había sido un punto irreconocible en el camino. Y más le hubiera valido haber seguido siendo eso durante mucho tiempo. Pero no. Cuando los cinco hombres miramos, ya se distinguía el color claro de su falda. Por lo breve de su figura y por el paso seguro y ágil, se podía afirmar que su edad no excedía en mucho a los veinte años.

El albañil joven puede que tenga hermanas como la muchacha pero se ve que la vida lo ha endurecido.

Tiene los ojos claros, de ese tono un poco acuoso que tanto abunda en la región; no es de muchas palabras, todo lo contrario, trabaja ensimismado y ceñudo como

si no quisiera trabar amistad alguna. La cara de este hombre es morena pero, a veces, el polvo se le pega a las mejillas como si fuera un panadero bregando con la harina.

De momento sólo estamos cavando la tierra, horadando los profusos agujeros en donde se hundirán los cimientos de la casa; una casa nueva siempre es un riesgo, un azar perpetuo, ¿acaso se sabe qué fortunas o desdichas acontecerán entre sus cuatro paredes?

Lo que sí está claro es nuestro destino inmediato: a nosotros nos tocará estar de sol a sol; al fin y al cabo, cinco hombres somos pocos para levantar un edificio por sencillo que éste sea.

Va a ser duro pero todos necesitamos el jornal a destajo. El único soltero es el albañil joven, el resto tenemos mujer e hijos. La mía está enferma, inútil en una cama sin poder moverse, mientras los pequeños dan de comer a las gallinas, sacan agua del pozo o preparan las tortas de maíz que devoraré cuando vuelva. Los cimientos tienen ya sitio suficiente para ser colocados; sin embargo, el tuerto se ha empeñado en seguir cavando. Como si le gustase el silencioso movimiento de la azada.

Cuando la muchacha se iba aproximando yo pensé que me daba tiempo de llegarme al arroyo; quería mojarme un poco, empaparme las sienes que me empezaban a latir de ansiedad.

Mientras la muchacha se iba haciendo más precisa, alguno de nosotros apretó los puños o hurtó a los demás su propio y turbado rostro.

La chica llevaba un cesto, seguramente sería comida, víveres para resistir el camino. ¿Cuántas leguas llevaría andadas?

El cesto era oscuro y contrastaba con la tela clara de

su falda. Era rubia, llevaba el pelo suelto, al viento lo movía y a ella le agradaba porque cuando le caía sobre la cara no hacía ademán alguno de apartárselo. Era bonita, no supimos su nombre aunque siempre es grato conocer el nombre de las jóvenes hermosas; a ésta, sin embargo, no se lo preguntamos. Casi no tuvimos tiempo.

Desde donde se encontraba puede que la mujer nos viera: cinco hombres quietos junto a una zanja. Me ponía nervioso lo inminente; por hacer algo, bebía agua de una antigua botella de vino; recuerdo que se derramó un poco de líquido que me corrió por las mejillas llenas de polvo.

¿Quién irá a vivir en esta casa nueva? Yo no lo sé, lo único que acierto a adivinar es que, con seguridad, será alguien más rico que nosotros; prohombre acaudalado que quiere que sobre su hogar reine siempre la buena ventura.

Éramos como cinco lobos; la muchacha, a lo mejor, comenzó a alarmarse de pronto porque vimos que su paso se volvía más lento. Ya nos había pasado otras veces.

Ella, discretamente, con cautela, modificó su dirección, rectificó la línea recta que la traía hasta nosotros. Cuando eso sucedió, nosotros, como un solo hombre, nos echamos a correr, le dimos alcance.

Forcejeó, se resistió, profirió insultos que no entendimos y, tal vez, pensó que lo que íbamos a intentar a continuación era abusar de su cuerpo.

No fue así y si hubiese hablado nuestra lengua hubiéramos podido explicárselo. Más tarde o más temprano lo entendería.

Yo la vigilaba. Mientras tanto, el resto de la cuadrilla levantó presuroso la primera empalizada.

Es la costumbre. Sólo una doncella emparedada proporciona abundancia a la casa que sobre ella se edifica.

ÚLTIMA CONFESIÓN

Nunca me ocupó la tarea estéril de la seducción porque aborrecí a esa clase de amantes que se cuelan, furtivos, en las alcobas; desdeñaba también todas las otras especies de queridos y hasta los esposos tibios o los impetuosos o los despiadados o los generosos.

¿Quién estaría dispuesta a negar que un solo matrimonio no basta?

Tenía diecisiete años cuando me casé; en la casa de mis padres jugaba todavía a las muñecas y, de repente, me encontré en el tálamo y con aquel hombre viejo, de pelo crespo, de cuerpo trabajado por las batallas.

Vivía en su fortaleza, que era igual a todas las fortalezas de los condados vecinos, y desde las torres lo veía partir hacia trabajos que nunca acababan: guerras de fronteras que mantenían unidos a los varones, que daban un destino trascendente y les impedían tener tiempo para hacerse preguntas, preguntas como las que a mí me atormentaban. Escaramuzas y emboscadas que un día me devolvieron su cuerpo inerte, presto para la sepultura.

Todos me han recordado siempre hermosa, muy hermosa y de la misma manera que muchos acuden (como moscas a la miel) a la contemplación de mi belleza, yo

he empleado toda mi vida en buscar las claves de lo absoluto, de la rotunda perfección.

En el espejo rastreo cada rasgo como si la lógica interna de esa armonía pudiese desmontarse para, conociendo su secreto, mantenerla siempre a salvo.

¿Por qué ha de perecer? ¿Por qué se ha de marchitar lo que es inmaculado, lo que se eleva por encima de la vulgaridad?

¿Quién no ha visto los rostros dismantelados y deshechos de las cortesanas que fueron famosas por su hermosura? ¿Quién no ha pensado, entonces, que no es justo el orden que rige la vida? ¿Quién no ha sentido alguna vez el impulso de cambiar ese orden desordenado, el caos que representa lo humano? Yo lo he sentido. Lo he sentido con todas mis fuerzas. Me embebí en la lectura de tratados de nigromancia e intenté que nada me desviara (hijos, asuntos de diezmos o servidumbre), de mi propósito.

Nunca busqué placeres porque sólo hallaba deleite en mí y, evidentemente, jamás existió algo o alguien que mereciese ser amado por encima de mí.

Huí de ciertos pactos aunque tuviera que hacer alianzas con algunos criados. Sin embargo, nunca me preocupó en exceso sus fidelidades al silencio. ¿Acaso significan algo las palabras, las delaciones, las denuncias al Tribunal cuando es la verdad lo que se busca, cuando la certeza de su cercanía te mueve?

Hay vidas que estorban; hombres y mujeres cuya sangre sólo ha de servir para regenerar, para reavivar la sangre ajena.

Preservar el tiempo requiere sacrificar otros tiempos. ¿De qué Dios me hablas? ¿De qué Dios? Yo he tomado

siempre lo que me pertenecía sin dudarle, sin culpa ni pena.

Si nunca le ha quitado a nadie el sueño el agudo chillido de un cerdo al que degüellan, por qué habrían de haberme persuadido a mí, los gemidos de unas cuantas aldeanas ignorantes. Además, ha merecido la pena: tengo cincuenta años y mi piel, mi cabello, todo mi cuerpo, el brillo fulgurante de mis ojos son un desafío a las décadas que han intentado desmoronarme en vano.

¡Oh, si hubieras visto! Las venas abiertas me proporcionaban el líquido más preciado; me bañaba en él, paladeaba su amargor y, sobre mi piel blanquísima, la sangre caliente dibujaba nuevos designios, épocas exploradas, la vida redescubierta, el secreto último, y ¿qué significan frente a eso la impiedad, la herejía, la barbarie, palabras que arrojáis contra mí?

Necesité la sangre, el fluido vital, el estremecimiento del dolor más intenso. Seiscientos cincuenta muchachas, zafias doncellas de pueblo que nunca entendieron la necesidad del sacrificio han construido este reto. La juventud puede ser ilimitada y la eternidad, dulce.

Lo que he conseguido, lo he conseguido yo sola. Nunca he recibido la visita del Maligno y la sabiduría que ahora poseo y que a ti te lego la he rescatado de hombres y mujeres antiguos que también fueron, como yo, obligados a morir por herejía.

Pero son ellos, los jueces, los que habrán asesinado a esas setecientas vírgenes de las que yo me serví; adolescentes que nunca desaparecerían del todo porque yo, con su savia rescatada, las había librado de la verdadera muerte; de la muerte última y final.

Cuando comience a arder debes mirarme; mirarme y convencerte de que tu destino debe ir más allá del mío.

Hazlo porque algún día tú también lo conseguirás: serás invulnerable al tiempo y a esa falsa desembocadura de nuestras vidas. Porque sólo gracias a la ignorancia humana, la muerte a todos nos iguala.

PARA LO QUE SIRVE EL DINERO

En cincuenta y cinco años no había podido superar el miedo.

El miedo era algo que se mezclaba por las mañanas con los primeros ruidos de la calle y que, a lo largo del día, aparecía en su cabeza, como una lucecilla que se encendiera y apagara; como un farolillo rojo en estado siempre de alerta.

Por eso, por el miedo, se levantaba de un salto de la cama y sin ponerse las chancletas, sintiendo el frío de las losetas en las plantas de los pies, recorría la casa (con la luz encendida y las ventanas cerradas) reconociendo su orden, constatando que cada cosa continuaba en su sitio.

No soportaba la idea de que entraran ladrones; por eso, hasta que no contaba los fajos de billetes camuflados aquí y allá, hasta que no se cercioraba de que no faltaba ni una sola moneda, no se apaciguaba.

En el cajón de su cómoda guardaba una pistola y nunca dudaría en usarla si sus propiedades, un día, estuvieran amenazadas.

Lo que más odiaba en este mundo era esa especie: desalmados que en un santiamén se adueñan de lo que se ha tardado décadas en atesorar.

Si no lo había contado con calma, si no había acariciado el papel moneda como quien acaricia una piel amada no podía tomarse el primer café, vestirse, echarse a la calle, comenzar el trabajo.

Vivía sola. Siempre había pensado que era la mejor manera de estar y desechó tempranamente cualquier idea de matrimonio. Jamás habría soportado un intruso en su casa, alguien con quien tener que compartir todo cuanto era suyo y no digamos nada si, encima, el marido resultaba ser un haragán, un redomado gandul como el de Rosita, su mejor amiga de la juventud. Entre la familia tenía, sin duda, bastante fama de tacaña pero a ella cada vez le importaba menos la opinión ajena, sobre todo, porque nunca le habían resultado demasiado simpáticos casi ninguno de sus primos; malditos pedigüeños que con la excusa de ser padres de una prole numerosísima se habían atrevido alguna vez a acudir a ella para pedirle dinero.

—Y ¿quién les ha mandado tener tantos hijos? —se decía Evelia enfadadísima y, por supuesto, absolutamente decidida a no soltar un duro.

—Mucho me cuesta ganarlo —se justificaba ante ella y ante los demás la mujer.

Evelia desarrolló esa fascinación por la acumulación a temprana edad. No tuvo hermanos porque su madre murió pronto, cuando ella apenas contaba tres años. Su padre, un hombre taciturno y desmedrado, nunca volvió a casarse.

Padre e hija vivieron juntos hasta que Evelia cumplió los veinticinco. Fue entonces cuando el buen hombre se despidió de este mundo para siempre y dejó a su hija los pequeños ahorros que él había guardado para los malos tiempos. Y aunque para él, en realidad, malos

tiempos fueron todos los que se sucedieron a la muerte de su mujer, a la que quería con locura, aquel dinero, poco para los tiempos que corrían, pasó intocable a las manos de Evelia.

Había sido una niña solitaria, marcada por las huellas de la orfandad de tal manera que, mientras otros buscaban refugio en el regazo materno, ella empezaba a inclinarse por esa manía de no gastar, de guardarlo todo, de ahorrar y coleccionar objetos como quien se ha decidido a transmutar un calor por otro.

La primera muñeca que tuvo la puso en una repisa. La miraba con codicia pero no la tocaba porque sabía que el secreto de tener siempre, radica en saber sustraerse a la tentación de usar algo. A los ocho o nueve años coleccionaba cajas de fósforos, servilletas de papel, botellines de refrescos, gomas de borrar y bolígrafos gastados; en realidad, cualquier cuerpo sólido que pudiese guardarse ilimitadamente.

A los quince, empezó a trabajar en una mercería y fue entonces cuando descubrió el maravilloso mundo del ahorro.

Su sueldo era entero para ella puesto que lo que el padre cobraba como cartero alcanzaba para subvencionar las necesidades de dos.

De la paga mensual, Evelia separaba una pequeñísima parte para gastos propios y mínimos (ya que no se hacía casi vestidos ni cambiaba de zapatos o bolsos) y el resto lo guardaba.

De los bancos nunca (ni entonces ni ahora) se fio, así que solía guardar el dinero en un pequeño joyero lacado que había sido de su madre y que siempre tuvo en su armario y bajo siete llaves.

Una zapatería, una tienda de muebles y un supermer-

cado fueron algunos otros de los lugares en los que trabajó hasta su actual puesto como telefonista en una gran empresa de accesorios navales. Entre los veinticinco y los cincuenta y cinco, la vida pasó como un soplo.

Fueron años sobrios, sin sobresaltos, entretenidos en una vida hogareña porque a Evelia nunca le gustó demasiado estar en la calle.

—Tú no sabes lo caro que está todo —le decía a Francisca, la mujer de la limpieza de la empresa, una viuda con el hijo menor ya en la mili.

Evelia era de estatura baja y un poco oronda: masticar y masticar era el único extra que se permitía aunque siempre había resistido la tentación de los bombones y otras simplezas de esa índole.

Si en sus primeros años de ahorradora el joyerito le bastó, era evidente que cuarenta años después, ya tal escondrijo era insuficiente. Aunque algunos años atrás Evelia cosía sus propias carteras de tela, en cuyo interior escondía el dinero que distribuía por distintas partes de la casa, últimamente había optado por un par de escondrijos fijos.

Alguna vez reflexionó en torno a la seguridad de los bancos pero había dos razones fundamentales para huir de ellos; que no podría tocar ni contemplar extasiada, como ahora, su fortuna y que no le hacía gracia la idea de que se supiese la cuantía de sus bienes porque, después, pensaba Evelia, llega Hacienda y te despluma.

A pesar de que nunca fue guapa, se sentía todavía lozana. Tampoco tenía achaques, así que no solían asaltarle ideas perniciosas sobre la muerte. Si alguna vez se le pasó por la cabeza, como un relámpago, la desechó enseguida; le pareció que eso era algo que sólo les pa-

saría a otros, no a los precavidos que han sabido amasar pan de monedas.

Y es que concebir su propia muerte le daba una rabia sorda porque pensaba en las manos profanadoras que tocarían lo suyo. «Imposible», se dijo y apartó de sí todo pensamiento al respecto.

En cincuenta y cinco años no había podido superar el miedo a ser desvalijada, así que esa mañana tampoco se libró del sobresalto. Lo inspeccionó todo y, satisfecha, puso la cafetera al fuego. Después, cuando el café estuvo hecho, lo bebió despacio, con usura, con una demora muy típica en ella.

Miró el reloj y vio que se hacía tarde. Se vistió deprisa, deprisa y salió a la calle. Apresuró el paso porque le separaban veinte minutos de camino.

Los semáforos no le fueron favorables. Cada vez que ella llegaba se ponían en rojo. Empezaba a impacientarse.

El último también estaba cerrado; miró a derecha e izquierda y se dijo que los coches iban lo suficientemente lejos como para que le diera tiempo a cruzar de acera a acera.

Se plantó en el asfalto, con ella lo hicieron también tres o cuatro personas que corrieron más. A ella algo le falló, calculó mal, no avanzó con la celeridad suficiente, tropezó o sufrió un vahído. El caso es que cayó al suelo. Pero hubo suerte porque aquel Fiat uno blanco que arremetió contra ella no iba como un loco; aun así, se le llevó por delante.

Se oyó un grito, un zapato voló hasta los pies de un anciano que estaba en la otra acera, el bolso se abrió, impúdico, y Evelia, allí, en el suelo, parecía un bulto casual; parecía una forma inerte pero hubo suerte porque estaba viva.

—Ay, ay, ay, ay —gemía mientras intentaba, con la ayuda espontánea de su atropellador y varios mirones, levantarse del suelo.

En el hospital le diagnosticaron varias contusiones leves y una fractura de la muñeca izquierda.

La tuvieron toda la mañana en observación y, a mediodía, la llevaron en una ambulancia a su casa. Llevaba el bolso lleno de recetas tontas que no serían sino un gasto más.

El malhumor se le disipó porque se le ocurrió que tal vez el tipo del Fiat uno tendría que indemnizarla. «Uy, qué bien», se dijo, al tiempo que se cambiaba los tacones de salir por las chancletas de estar en casa; se disponía a disfrutar de una baja laboral de diez días.

Muy contenta se preparó el almuerzo, después vio un rato la televisión. Ponían una serie de chicos y chicas simples que bailaban; que bailaban y cantaban continuamente y a los que el dinero parecía lloverles del cielo. Bueno, Ted trabajaba en una hamburguesería, reconoció. A las seis cambió de cadena para ver *Capitolio* y, a su término, apagó la tele porque si no andaba con tiento la factura de la luz subía que daba miedo. Después de la tele se puso a hacer punto; estaba tejiendo un jersey de color azul marino para el invierno. El juego de las agujas, (ahora al derecho, ahora al revés) la mareó un poco. Se sentía aturdida y cansada. Sólo eran las siete y media de la tarde pero aquélla no había sido una jornada como las otras.

—Creo —se dijo— que sería mejor que me acostara.

Comió en la cocina algo de fruta, echó los dos cerrojos de la puerta y comprobó las ventanas.

Llevaba, como era su costumbre, un vaso de agua a su mesilla de noche, cuando el pulso empezó a temblar-

le. Su cuerpo entero se agitó. Era, pese a su volumen, como una hoja al viento. No había escuchado ningún ruido raro, no había pensado en los ladrones, tan sólo estaba en mitad del pasillo de su casa como una imbécil y no era capaz de recordar dónde demonios guardaba sus ahorros.

ESTE PEQUEÑO DOLOR

Supongo que ya no volveré a verte nunca; que se acabaron los bulevares, los besos furtivos, las claves secretas, aquellos días perfectos que nos inventábamos sin esfuerzo. Sospecho que no existirá otra vez el paisaje antes de la batalla, esta misma ventana, este piso octavo repleto de llovizna.

¿A dónde iré a parar aquella sensación de estar a salvo mientras en la calle los demás se salpicaban de fatiga?

Este pequeño dolor quiere decir que no habrá otra fuga, ni más trenes nocturnos que nos lleven al mar; que no habrá citas, encuentros, palabras cruzadas.

Él lo sabe todo; eso, sin embargo, significa que quedará saber más. Y no sólo será insoportable su burdo interrogatorio, su fatigosa presencia, su avidez por los detalles.

También me cansarán sus reproches porque no evitará lamentos y pronunciará, con gesto de desahucio, frases como «espero que, por lo menos, hayas sido discreta».

Lo dirá con asco, con prevención, con esa ira con que repite la palabra cornudo.

Este pequeño dolor es sólo un ensayo de la eternidad que se me viene encima, años sin ti, porvenir de habitaciones vacías.

Lo ha descubierto (en realidad sólo me ha descubier-
to a mí).

No sé de qué manera lo ha averiguado pero sí sé que
se siente más estafado que humillado.

Con el alma en vilo yo aguardo el ruido de la llave
que gira en la puerta y espero los insultos, los golpes
y las amenazas como un destino que siempre supe que
sería incapaz de evitar.

Me digo que este pequeño dolor sólo tiene que ver
con el hecho de que te perderé para siempre y no se
me escapa ni un solo ay.

Enhebro la aguja y me corren lágrimas a cada puntada.

No me obligará a decir tu nombre. Uso hilo de nylon
para coserme los labios.

**¡OH, POR FAVOR, QUE NO VUELVA
A SONAR EL TELÉFONO!**

Voy a volverme loca; el maldito teléfono suena y sueña, me saca de la ducha, me despoja del sueño, me acribilla cuando lo que quiero es morirme de silencio.

Siempre ocurre lo mismo: llego junto al infame aparato y éste se calla como si fuera un niño travieso, un niño bobo. Oye, imbécil, ya está bien, maldigo yo.

A veces ocurre, me estoy tomando una sobredosis de barbitúricos nembotal, pentotal, tranxilium y ring, ring, ring. Yo debería no hacerle caso pero siempre hay algo que me hace ir, dejo el suicidio a medias y corro ¿diga?; qué rabia cuando no me dicen nada.

Es desolador oír clic al otro lado mientras tú imploras respuestas, ¿quién es?, ¿quién es?, ¿diga?, ¿diga?, suplicas.

Yo, al teléfono, siempre suplico. Ay, ay, ay, ay, estoy muy mal, vengan por favor, vengan.

Me hacen un lavado de estómago, me abofetean. «Oye, guapa, a ver si la próxima aciertas», me dice el doc.

El doc, claro, no tiene que vivir solo en una casa grande, en una casa sin muebles, con la nevera vacía, sin dinero, sin trabajo.

El doc no tiene que releer las cartas de mi novio que decía que me quería y se marchó a Alemania con un

espantapájaros, ni tiene que coger el teléfono cada vez que preguntan por el Asilo de Ancianos. No, no, aquí no es, insisto yo aunque cada vez estoy menos segura de cualquier cosa en general y de ésta en particular.

«A estas niñas ociosas las metía yo en vereda» gruñe, entre dientes, el señor de la bata blanca que no hace sino introducirme tubos por la boca. «Mira preciosa, si te hubieran pegado unas cuantas tortas a tiempo se te habría quitado tanta tontería» me grita cabreado.

El hombre de la bata blanca me insulta, cada dos jueves me insulta y me amenaza otra vez con lo que ya ha hecho, llevarme a una casa de salud en la que «te cuidarán bien». Oiga, señor, aquello era un asco, quise decirle cuando me abrí las venas (pero me las abrí sólo un poquito para que él me las cerrara con ese cuidado que pone).

En el psiquiátrico no había teléfono y eso sí que estaba bien.

Además, era agradable dormir interminablemente.

Me hice amiga de una interna que aprovechaba cualquier descuido del personal para lavarse el pelo. Tenía la manía de lavárselo a todas horas, de continuo. Con ella empecé a urdir un plan para una fuga perfecta aunque ella dudaba porque se deshacía por un enfermero bruto que tenía la misión de ponerle la camisa de fuerza cuando entraba en crisis.

El plan, al final, no se realizó porque, en éstas, la dirección del centro consideró que yo estaba en condiciones de volver a casa, de regresar a la vida y a la orilla de los teléfonos que suenan y suenan sin sentido.

Busqué su dirección en la guía, marqué su número. Me faltaba el aliento cuando una voz de mujer respon-

dió. Seguro, me dije tristemente, que es la mujer del doctor Mendoza.

Tal posibilidad no me arredró sino que, por el contrario, amadora solitaria, me envalentonó. Así que puse el despertador a las cinco.

Ese día me tocaba ir a la oficina de desempleo pero me dije que lo primero era lo primero y, con ese frío del amanecer de los madrugones, me eché a la calle. Las aceras estaban húmedas de rocío, vacías. Un aire delgado movía las hojas de los árboles que había junto a su portal. Caminaba para calentarme de un lado a otro de la acera de enfrente, hasta que el doc salió.

Lo seguí fascinada; el no excesivo trecho entre su casa y la clínica lo hizo a pie, con un cierto andar cadencioso y al mismo tiempo seguro.

Lo seguí pero no me atreví a decirle nada. Después estuve horas y horas en el pórtico de la clínica hasta que volvió a salir.

Yo le pisaba los talones, seguía su ruta con devoción de peregrino.

Estuve así una semana sin osarme a dirigirle palabra alguna, tan sólo yendo tras él.

Pero ya no podía más, era preciso que él supiera que yo estaba allí, así que aproveché la tarde en que le tocaba guardia para suicidarme un poquito.

—¿Tú de nuevo? —dijo irritado cuando me vio aparecer con las venas entreabiertas—. Pero, desgraciada ¿qué motivos tienes tú para hacer esto? —chillaba enfurecido.

Me gustaba que me reprendiera. Era dulce sentir su cercanía protectora, su tacto profesional, su expresión adusta.

—Es la quinta vez que la traen en los últimos meses —le explicó a la enfermera de al lado.

Yo sentía un agradable sopor y cerré los ojos.

En ese momento todo era perfecto; un gran sol me alumbraba desde el techo, veía la cara de él, sentía sus manos, escuchaba su voz.

Lo amaba tanto...

El doc me iba a bronquear de nuevo. Yo me estremecía de gusto cuando de repente una voz dijo:

—Doctor Mendoza, una llamada urgente...

—¡Ya empezamos! Oh, por favor, no... —fue lo que pensé antes de dormirme bajo el peso de los sedantes.

INTOCABLE

I

Lo más extraño eran sus ojos. No parecían azules como los de su hermana, sino que, por el contrario, simulaban cualquier otro color más o menos azabache dado que la pupila se encontraba siempre extrañamente dilatada y el iris se reducía a un finísimo anillo de tonalidad imprecisa. Aquel aro celeste que a veces ensanchaba sus dimensiones era lo que daba a su mirada una cierta calidad acuosa, sobre todo cuando su dueño no era contemplado desde muy cerca.

De cerca, Luis, de apellido Cernuda, como el poeta, unía a su pupila cambiante otra cualidad que tenía que ver con su manera de observar a los otros. Era ésta una forma intensa, larga, casi escrutadora como quien quiere, a todo trance, penetrar en el secreto ajeno. A veces lo conseguía.

Ciertamente era vivaz; ciertamente era capaz de descubrir lo que el sigilo tantas veces ocultaba para todos. Pero era esa otra parte del rostro (la boca voluntariosa, la tez algo sonrosada, la nariz pequeña) la que le daba un aire de indudable precocidad, de niño mayor o de mayor casi niño, anclado en una edad ficticia.

A los treinta años podía perfectamente haber tenido veinte o ser uno de esos adolescentes atrozmente maduros y aventajados que lucen en primavera y verano atildados ternos de camisas blanquísimas y corbata.

Ana, pese a ser su hermana gemela, distaba notablemente en el parecido. Era rubia, ojiazulada, con una esbeltez parecida pero más depurada que la de su hermano y un talante bastante más despreocupado.

Luis y Ana crecieron durante años a la par. Físicamente iban ganando centímetros casi simultáneamente y, en lo moral, sus deseos parecían doblarse ante idénticos impulsos.

Jugaron mucho juntos aunque, luego, la calle los separaba en guetos de niñas o niños en donde aprendían misterios que compartían después, en casa, durante la cena.

A los quince años Ana se enamoró de un tipo de dieciocho. Era el camello del barrio y todos temieron lo inevitable. Y lo inevitable fue que se escapara de casa y se fuera a vivir con él, que se llamaba Johnny y era un sujeto más apremiado por las circunstancias y la necesidad de sobrevivir que por consideraciones ideales o morales.

A los diecisiete estaba, aunque aún se intentase negar las evidencias, enganchada a la heroína como aquel galeno loco que había sido su abuelo, morfínmano irremediable al que un síncope se llevó de este mundo cuando empezaba a frisar los sesenta.

II

Ana comenzó a lucir una piel cerúlea que nunca antes exhibiera. Adelgazó repentinamente y estrenó unas ojeras violáceas que eran el rastro del temblor, de las náuseas, del horrible estremecimiento de la abstinencia...

Johnny, que no navegaba en el mismo barco, un día desapareció dejando en aquel piso, todo desorden y desastre, a una Ana agobiada, hundida, con sólo diecinueve años y una hija de ocho meses.

Entre los quince y los diecinueve, Luis Cernuda se sintió más bien perdido. Habría que imaginar el desasosiego de alguien que, de repente, constatase que carecía de reflejo en el espejo, para entender mínimamente la naturaleza de su inquietud.

A pesar de aquella estrecha unión que antes, ambos hermanos, vivieran, en lo sucesivo (es decir, después de que Ana, *traicionándolo*, abandonara precipitadamente la infancia y la casa) evitó acudir a aquel segundo piso desbarajustado e invadido de oloroso pachuli.

Además, comenzó a molestarle la insistente curiosidad de aquellas mujeres de la vecindad que, sabedoras de la caída, gustaban de pedirle noticias sobre Ana.

—¿Cómo está tu hermana?

—¿Qué sabes de Ana?

—¿Cómo le va a Ana?

—¿Y Ana? Hace mucho que no la vemos.

—Vi a Ana y la encontré un poco más delgada.

Luis, en estas ocasiones, hacía auténticos esfuerzos por contener la rabia. Contestaba apaciguadamente, calmado, sin que la pasión llegara a asomarle a los ojos.

III

Cuando Johnny abandonó a Ana para irse a vivir al *moro*, ella no se atrevió, no ya a volver a la casa paterna, sino, ni tan siquiera, a pedir ayuda. Habían pasado dos semanas cuando Luis se la encontró un día intentando vender los pendientes, el anillo y aquella pulsera de oro que casi nunca se ponía pero que era como un talismán de la infancia.

—Necesito pasta —dijo a modo de explicación escueta.

Le contó además que Johnny se había largado a Marruecos, que su puestecillo de artesanía sostenía bien poco su economía y que, a veces, dudaba de que tuviera fuerzas para continuar con la terapia que hacía dos meses había iniciado.

—Tú no te puedes ni imaginar lo que me cuestan los pañales de Aida...

Luis intentó sonreír aunque le producía estremecimientos aquel mundo precario y al margen que su hermana había elegido. Estaba allí a dos pasos de él pero era ya alguien infinitamente distante, alguien que uno recuerda haber conocido en años remotos.

—Ven a casa —rogó Luis.

—No sería justo —replicó ella, ensayando un gesto cariacontecido—. No sería justo que después de haberle impuesto a papá una serie de decisiones contrarias a su moral, recurriera ahora a él. Supongo que debo ser consecuente con mis actos.

—Pero la niña no tiene la culpa y lo va a pasar mal —apuntó Luis mirando aquel bebé que dormitaba en un cestillo y que le producía siempre sentimientos contradictorios.

IV

Cuando Ana, hacía cuatro años ya, había dejado la familia, se produjeron en la casa las situaciones más borascosas que Luis recuerda. Sabe que nunca podrá olvidar la nota escrita en papel de cuaderno cuadriculado en el que, con aquella serenidad adulta que en los últimos meses había adquirido, decía adiós.

El padre, enfurecido, decidió que Ana volvería y estuvo a punto de poner una denuncia en comisaría para que su hija regresase al hogar aunque sus reincidencias, decía, nos obliguen a meterla en un reformatorio.

La madre estuvo llorando quedamente todo aquel primer día pero, sin embargo, aún tuvo fuerzas para convencer a su marido de que la que él pretendía, jamás sería la solución mejor.

Luis se sentía como si le hubiesen amputado un brazo o una pierna; vagaba como un sonámbulo por la casa recorrida por el lamento y las obsesivas palabras de su madre.

—¿En qué me he equivocado? —repetía la mujer—. No os he sabido educar bien, hijo mío, qué fracaso, Dios

mío, qué fracaso —se lamentaba con permanentes lágrimas en los ojos.

Ana, por deferencia, se fue a vivir al otro extremo de la ciudad y, como si se tratase de campos de batalla enemigos, unos y otros evitaban invadir los territorios ajenos.

Ana llamaba a su madre todas las semanas y visitaba la casa paterna una vez al mes. Al principio, cuando ella iba, el padre se encerraba en su despacho con gesto dolorido y se negaba a ver a la pródiga.

Había nacido ya Aida cuando el matrimonio Cernuda se decidió a acudir a la vivienda de la calle Flores. Aquello fue tan sólo unos pocos meses antes de que Ana se encontrara sola y perdida.

V

La noticia salió en todos los periódicos. Luis, incluso, se enteró por ellos aunque, en un primer momento, no supo establecer las conexiones precisas para descubrir que hablaban de su propia hermana. «Una joven, decía la prensa matutina, abandonó a su hija de catorce meses de edad y ayer se presentó voluntariamente en la comisaría del distrito de Flores, donde confesó su acción, según informaron fuentes policiales».

Por alguna extraña corazonada Luis se había detenido en aquella información cuyos titulares rezaban: Una joven abandona a su hija y al día siguiente se entrega en comisaría. La madre ha alegado que carece de recursos económicos.

La menor, seguía relatando el periódico, se hallaba en buen estado de salud y, en el momento de su hallazgo, se encontró un papel en el que su madre explicaba que había decidido dejarla a su suerte por no tener medios para atenderla.

La lectura le dejó perplejo. A.C.V., de 19 años, era, no cabía duda, Ana.

Luis sintió de repente un acceso de rabia. Estaba bien

que Ana hubiese preferido separar su suerte de la de él, de la de toda la familia, pero le resultaba intolerable e imposible de entender que hubiese preferido aquella solución de folletín antes que acudir a ellos.

Apuró el café, pagó en la barra y salió de prisa de aquel bar en el que todos los días tomaba resoluciones drásticas que, después, nunca llevaba a cabo.

Cuando llegó a casa, ellos ya lo sabían. Seguramente lo sabían desde la noche anterior. Sólo que Luis había llegado de madrugada y, sin hacer ruido, había ido directamente a su cuarto. Su padre estaba sentado en un sillón, con la cabeza entre las manos. Su madre, en silencio, también tenía idéntico dolor ensimismado. Se movía, en cambio, de un lado a otro de la casa y cuando descubrió a Luis exclamó:

—¡Qué vamos a hacer con tu hermana!

Luis apenas si supo qué responder. La miró comprensivamente y ella volvió a hablar.

—¿Por qué no acudió a nosotros? Si tenía problemas ¿por qué no nos pidió ayuda? Si necesitaba dinero...

—Es soberbia, maldita sea —interrumpió Luis a su madre.

—Pero, hijo, somos su familia.

Luis se preguntaba qué iba a pasar ahora pero apenas si se atrevió a indagar nada. Como si le hubiese leído el pensamiento su madre dijo de pronto:

—De un momento a otro nos traerán la niña.

—Y ¿Ana? ¿Qué va a pasar con ella? —inquirió Luis.

—Pagaremos una fianza y saldrá en libertad condicional —suspiró la madre—. En aquel momento nadie diría que tenía solamente cuarenta y cinco años.

VI

Ana se fue adaptando a la nueva vida, a la que había sido su vida de siempre. Le costó volver a la antigua habitación, al cuarto que todavía tenía las huellas de una infancia que, de repente, se había convertido en algo infinitamente lejano.

Era una habitación amplia, en donde además de la cama y los armarios, había espacio para un escritorio. Allí ya no haría nunca más los latosos deberes ni volvería a leer con fervor las páginas subrayadas de *Robinson Crusoe*. «Mientras estaba contemplando el mar desde aquella colina, advertí la existencia de una corriente de agua muy fuerte, rapidísima que iba en dirección Este y que incluso se acercaba al promontorio; tomé buena nota de ello porque comprendí que podía ser un peligro para mí; ya que cuando yo llegase a su altura, su fuerza podía arrastrarme hacia alta mar sin que pudiese volver a la isla; y la verdad es que de no haber subido antes a esa colina, esto es lo que hubiera sucedido».

Para que hubiese suficiente espacio para la niña, el dormitorio fue aligerado de algunos de sus antiguos muebles. ¿A dónde iría a parar la cálida mesa camilla bajo

cuyos faldones me calentaba yo algunos inviernos? —se preguntaría mucho más tarde Ana.

Al principio las relaciones entre los cuatro miembros de la familia eran retraídas, como invadidas por una timidez nueva.

Todos querían ser amables con Ana y Ana quería ser amable con todos. Pero en uno y otro caso, unos y otros se sabían carentes de naturalidad.

Sin embargo, el tiempo fue volviendo rutina una convivencia que, al principio, diríase incómoda...

A los veintitrés años Ana empezó a trabajar en una oficina de importación y exportación. Aida, pese a la resistencia de su abuela, comenzó a acudir a un colegio de preescolar.

—Es —decía Ana— para que se acostumbre a convivir con niños de su edad. Está demasiado acostumbrada a estar rodeada de adultos que siempre hacen lo que ella quiere.

Tanto antes como después de que Ana se incorporara al mundo del trabajo fuera de casa, había llevado una vida que en nada se distinguía de la de sus tres mejores amigas recuperadas. Actuaba, eso sí, con inusitado sigilo en lo referente a su vida amorosa. Tan secreta y recatada era que jamás consintió que amigo alguno la llamase a casa o la acompañase hasta el portal después de una velada poco o nada inocente. Pero un día llegó con una noticia.

—Mamá, me caso —dijo de improviso, en mitad de uno de esos almuerzos familiares más bien sosegados y silenciosos.

«Cuatro ataques con bombas en tres días en Johannesburgo y en Pretoria parecen confirmar un giro en la

estrategia del movimiento guerrillero surafricano», decía en ese momento la televisión.

—¿Cómo? ¿Cómo has dicho? —preguntó la madre que hasta hacía un instante estaba profundamente ensimismada. El padre levantó despacio la cabeza, la cuchara quedó en suspenso y se veía a la legua que no se atrevía a indagar con la fiereza con que lo hubiera hecho si Ana hubiese sido de otra forma, si no hubiesen existido aquellas diferencias de antaño.

Ana se casaba. Explicó que él era profesor de francés de segunda enseñanza, que hacía un año que se conocían.

—Ya veréis —anunció animada— lo bien que se va a llevar con la niña; la quiere mucho.

El padre intentó sonreír pero se veía que cierta incredulidad se lo impedía.

—¿No le importa lo de Aida? —preguntó la madre haciendo un esfuerzo.

—Pues claro que no mamá ¿En qué mundo te crees que vivimos?

A Ana se le escapó un ligero tono de irritación, una inflexión alterada que rápidamente corrigió.

—Os va a gustar, es un buen chico.

—Lo importante es que sepa hacerte feliz a ti, hija mía —la madre se dispuso a servir la carne con puré. Lo hizo con gestos rápidos, intentando disimular cierta zozobra.

—Y ¿habéis pensado en alguna fecha?

—Se nos había ocurrido que el 5 de septiembre sería una buena fecha.

—Sólo faltan dos meses. ¿Por qué tanta prisa? —apuntó la madre y mentalmente recorrió el sinfín de cosas que habría que comenzar a hacer ya.

Ana, meditaba Luis, había cambiado mucho. Ana ya no era la de hace ocho años, la que se había escapado del espacio y lugar que le correspondían, de aquella geografía para dos, perfecta y limitada. La de ahora era una tercera Ana, aún más distante, que apenas si se parecía a las otras dos. Tres Anas irrecuperables, tres Anas lejanísimas.

—¿Cómo te va con las clases de la Facultad? (Luis era profesor ayudante) —le preguntaba Ana casi todos los días y mucho antes de que su respuesta llegara, había abandonado ya aquel ámbito físico en el que ambos mantenían sus cuerpos.

—¿Qué hiciste anoche? ¿Con quién sales? —indagaba a veces en el desayuno, con el bocado a punto de engullir y un café caliente, cargado, capaz de enderezar cualquier mañana.

—Bah, no hice nada...

—¿Nada?

—Casi nada. Salí con un par de amigos...

—¿Cómo se llama aquella morena tan guapa con la que te vi en el cine?

—Irene —contestaba Luis de mala gana. Ya está bien de interrogatorio, pensaba para sí mismo.

—Me gusta, hacéis una buena pareja.

—Pues qué bien... —dejaba caer Luis, fastidiado.

VII

La Ana de ahora era sanísima, un poco más entrada en carnes, redonda pero no exuberante en demasía. Con la Ana de ahora jamás se le habría ocurrido jugar el lenguaje de los mudos, jamás habría colonizado islas salvajes ni habría firmado un pacto de sangre.

—Oye, Ana, júrame que nunca nos separaremos.

—Lo juro —decía ella.

—Ana, esta sociedad secreta es sólo tuya y mía, no se lo puedes contar ni a tu amiga May.

—Estás tonto o qué. Ya lo sé, Luisi, ya lo sé.

Ana era su mitad, su día, su arena, su palabra. Ana era el otro lado del espejo, la hermana siamesa que sufriría punzadas dolorosísimas cuando los zulúes lo hubieran capturado a él y lo estuvieran sometiendo a tortura.

—¿Y si te hicieran beber una pócima con la que perderias la memoria, un filtro extrañísimo que nos separara? —aventuraba Ana.

—Pero de repente una mañana yo recuperaría mis recuerdos y volvería aquí —solucionaba Luis.

La Ana de hoy ha olvidado, no es extraño, los juegos

cómplices. Aunque a veces se los cuenta a su hija Aida y ambas ríen sonoramente.

—¿De verdad, mami, que el tío y tú hacíais eso? —le diría Aida muchas veces, muchos días, año tras año.

—Te lo juro, cariño, entonces éramos como uña y carne...

Cuando Luis cumplió treinta años (hacía seis que había terminado su carrera) era uno de esos enseñantes difíciles de contentar, profesor hueso, de gesto adusto. No salía demasiado ni de noche ni de día y mantenía unas relaciones distantes con el claustro de profesores.

—Yo creo que Luis Cernuda *entiende* —aventuraban sus alumnas que intentaban en vano entablar con él ese duelo hipnótico de la seducción encubierta.

—No va con tías pero tampoco se le ve mucho con hombres —se extrañaban.

VIII

Ana tuvo otro hijo y Luis sentía cada vez más que era incompleto. Aida y Andrés, como un par de salteadores que hubieran entrado a saco en un botín ajeno, iban llenando aquel espacio que años atrás había sido suyo.

Dividido, mutilado, escindido de sí mismo, Luis, sin saberlo, decidió un día que sería intocable. Jamás soportaría otras como aquellas manos que, de niña, describían su cuerpo. Dejarse acariciar equivaldría a borrar las remotas sílabas que un día, piel sobre piel, escribieron su infancia.

Cumplió cuarenta años, solitarios y huraños. Y cumplió cincuenta; perdió el pelo, la cintura, la gracia del mentón que resbalaba ya por una papada temblorosa y cumplió sesenta en perfecto estado de salud.

Estaba sanísimo la noche en que un dolor intenso se le agarró al pecho.

Y seguía estando sano a la mañana siguiente aunque una irremediable tristeza lo llevó a espiar en el espejo aquellos ojos suyos que, aunque eran azules, como los de Ana, simulaban cualquier otro color.

Se tocó el pecho recordando la noche última. Empe-

zó a sonar el teléfono, Luis lo descolgó. Una voz desconocida como las de aquellas vecinas espías y metomentodos que amenazaban siempre con contárselo a su madre, se lo dijo.

—La señora Ana Cernuda murió esta madrugada — anunció la voz.

Lo sabía. Sabía que Ana, tan temeraria, acabaría cayendo en mano de los zulúes.

—Ani, Ani, Ani, resiste —rogó con lágrimas en los ojos.

VIAJES

La plaza de Tiananmen es, imagínatela, el centro de una ciudad gigantesca; el corazón vivo al que acuden calles inmensas de una urbe populosa.

Así como yo soy el eje de tu vida, Tiananmen es el alma de Pekín; el alma, incluso, de China.

Ya vamos caminando por la piedra antigua, nos estremece el sonido de nuestros propios pasos y la certeza de rehacer un camino de siglos.

Se ve que somos extranjeros y algunos nos miran y sonríen con indudable benevolencia. Torpes occidentales, lo miramos todo con un asombro tan ilimitado que animamos a los individuos más sospechosos que se nos acercan y nos ofrecen de todo.

—Tenemos madera lacada, mimbre, tejido tratado con ese barniz oxidado que se obtiene de la resina terebintácea —nos anuncia en inglés, un hombre enjuto que señala, con un vago ademán, cualquier almacén situado en las calles cercanas.

Le decimos con una urbanidad desacostumbrada en nosotros, que tal vez más tarde pasemos por allí, que ahora queremos recorrer con nuestros pies de viajeros agotados, una a una, las cuarenta hectáreas de la plaza.

Nada más decir esto me fijo en tus sandalias de plás-

tico, por las que, por los efectos del calor, tu pie tan minúsculo parece resbalarse. Pero yo diría que este verano, por fuerza, está siendo irresistible en cualquier lado del globo.

Despliego como si fuera una gran bandera de paz el mapa, elijo un punto señalado con un dos y digo, triunfante:

—Mira, mira, aquí estamos, éste es el corazón de Pekín.

Después pliego con ceremonial cuidado el plano y abro la guía.

—En esta plaza —te leo, mientras tú te cuelgas de mi brazo y miras a tu alrededor con relativa indolencia—, se celebran las festividades del primero de octubre y del primero de mayo.

—¡Ah, sí! Y ¿qué juergas son ésas?, —preguntas tú con ese tono de broma que, de continuo, te gusta emplear.

—Pues no lo dice aquí, lo que sí explica es que un millón de pequineses rindieron el último homenaje a Mao en esta espléndida plaza.

—¡Qué horror!

—¿Qué horror, qué?

—Que no puedo imaginármelo y además, eso de pequineses suena tan canino...

—No seas imbécil —te advierto yo mientras, para tu propio enriquecimiento cultural, te sigo dando datos.

—Pongo en tu corto y escaso conocimiento que, además, aquí, en donde tienes colocadas tus plantas sudorosas, tuvo lugar un famosísimo motín en 1976.

—¡Qué niña era yo entonces!

—¡Y un rábano! En el 76 te las habías corrido ya tú a base de bien.

Si la plaza de Tiananmen es un remotísimo corazón

de la ciudad, a su vez la plazuela tiene otro enclave central, un obelisco de granito sobre el que el sol cae vertical.

Es un monumento a los héroes del pueblo —aseguro después de haberme demorado un rato en la inscripción caligráfica que adorna el monolito.

—No irás a decirme que en una semana has aprendido a leer en chino —exclamas tú.

—No puedo dar un paso más, te lo juro —me dices con esa mirada un poco suplicante que pones para salirte siempre con la tuya.

—Cielo, enseguida descansamos, enseguida, pero antes vamos hacia allá ¿ves aquello? Es el mausoleo de Mao; te haré una foto allí.

Cada vez noto más tu peso sobre mi brazo, andas con pocas ganas, con esa parsimonia que, al final, me acaba exasperando. Por delante de nosotros caminan nuestras propias sombras.

—Me gustan los chinos, son guapos, de una sensualidad especial —me dices al oído.

—Pues nada, con un poco de suerte puedes vivir una aventura... —te replico yo, algo incomodado.

—Imagínate —me dices coqueteando—, imagínate lo que tiene que ser una cita amorosa en la plaza de los bambúes púrpuras.

—¡Pero si no has visto aún esa plaza!

—Ah, ¡y qué más da! Lo fundamental, lo que da el clima a la historia es el nombre de los lugares.

Llegamos al mausoleo y a ti, que eres una tonta, no se te ocurre otra cosa que recordar un vestidito de cuello mao que tuviste cuando eras pequeña.

—Estoy harto de acostarme con una menor —te digo mientras miramos la expresión enérgica del viejo presidente, ya todo piedra.

—Qué repugnante eres —me contestas.

Yo soy repugnante y tú eres, Celia, Peter Pan; juntos enfilamos el lado Este de la plaza y recorremos uno y otro confín hasta estar exhaustos.

—Cari, vamos a comer ya, anda, anda —me urges tú, paliza de mujer; te pones pesada y yo me digo que no sé para qué te traigo de viaje.

—Pero mira que eres floja... —te echo en cara.

—Uy, pero si llevamos andando desde las ocho de la mañana y ya son las tres y media.

—Muy poco, qué quieres que te diga. Y encima después te cabreas si te dicen que eres un sexo débil.

—Guarro.

Salimos por uno de los cinco arcos de la puerta Tiananmen. Ahora es la época de rezar a los dioses, la época de ir a la guerra a desplegar heraldos de batalla pero tú, que careces de respeto a todo, te burlas de la dinastía Ming, bajo cuya protección serena fue construido este umbral que ahora traspasamos.

—Cariño, tengo hambre, cariño, quiero comer —me atosigas mientras acompañas tu súplica con una presión continuada de tu mano en mi brazo. Eres una lata, Celia, la próxima vez te quedas en casa.

Eres hermosa, sorprendentemente bella, eres cálida y deliciosa. Dulce y comprensiva, tienes una indudable capacidad animal para llamar la atención, allí a donde quiera que vayas. Eso me halaga pero aun así no volveré a traerte más. Es más, creo que estoy harto de ti y pediré, este otoño, el divorcio pero eso te lo diré mañana; mañana en Bangladesh porque ahora sólo me atrevo a sugerirte con un hilo de voz lo que acabamos haciendo todas las noches.

—Oye, Celia y qué te parece si cambias de cinta y vemos una porno.

—Bueno —transiges tú y te levantas, diligente, toda dulzura, con pasitos de geisha. Te oigo, en la otra habitación, hacer el encargo al videoclub de la esquina. Como son vecinos nos hacen un espléndido precio de amigo.

TATUAJE

Le dije al *chino* que me pusiera tu nombre. María, prueba de que te quiero es que ya te tengo junto al corazón, al lado del cristo coronado de espinas y del recuerdo imborrable de mi madre. En el lado derecho vivo con las cosas nobles que amo:

Ella, que sufrió por mí, el salvador y tú, que eres como una luz en un camino oscuro.

María, en el otro lado está mi juramento de hombría. Porque ¿qué es un hombre sin honor? Y están la calavera y las dos tibias, prueba de que no me importa la muerte y está la serpiente que es la tentación y la mujer de pechos muy grandes, como la que el *chino* conoció en Singapur; la mujer desnuda que baila ante mí para, después, pedir mi cabeza.

María, si alguna vez te dicen que me vieron en malos pasos, tú piensa que no era yo sino el otro; la bestia abominable que llevo dentro. Así somos los hombres, mitad luz, mitad sombra.

Cuando me tatué tu nombre, el *chino* dijo que era bonito y escribió muy despacio.

—Es mi novia —le confesé en un arranque de sinceridad. Y mientras él dibujaba las letras yo me alegraba

de que mi sangre se mezclara con la tinta precisa para nombrarte.

—¿Tienes algún retrato de ella? —me preguntó—. Yo saqué la cartera y le mostré aquella fotografía pequeña que me mandaste hace un año.

—Es preciosa —reconoció.

El *chino*, María, no es de la China, sino de ese barrio en donde todo es pobre y las mujeres se venden por dos duros.

El *chino* ha viajado por todos los mares porque antes fue engrasador en un barco de pesca. Por haber visto tantas cosas sabe historias extrañas. Dicen que fuma opio y que tiene una hija en Singapur. Pero no es por eso por lo que le llaman el *chino* sino por sus ojos rasgados. Síntoma, dice el barbero, de que si se descuida un poco, le falta una luz. El *chino* no es muy listo pero es el mejor tatuador de todo el puerto.

—Y ¿a tu novia no le gustaría un dibujo? —pregunta. Yo lo miro con mala cara porque tú no eres de ésas.

—Ella no es de este ambiente —le digo.

María, me gusta recordarte con aquel traje blanco, con aquella risa confiada y la felicidad de estreno aquel día, cuando la boda de tu hermano.

—Bruto, me haces daño —me decías siempre que yo intentaba abrazarte.

Espero que en el supermercado el trabajo no te resulte demasiado duro. Ahorra y cuídate. No salgas de noche que hay mucho animal suelto.

Me gustó recibir tu última carta y aunque yo no entiendo de poesía me dieron ganas de llorar cuando leí la tuya porque sé que cuando tú la escribías pensabas en mí. Solamente en mí. ¿Cómo están tu hermano y tu cuñada? Dile a tus viejos que se vayan preparando para

otra boda. María, en cuanto pueda voy a buscarte. Yo me caso contigo. Eres lo único hermoso que me ha pasado en la vida.

El *chino* quiere enseñarme a hacer tatuajes. Dice que no es una mala manera de ganarse la vida y, total, en algo hemos de entretenernos mientras tengamos que estar aquí encerrados.

Vivo como un marqués, mi amor, y aunque suspiro por poder estar contigo, todos coinciden en que es mejor que no me deje ver hasta que pase un tiempo. El *chino* es, sin embargo, demasiado confiado y se echa a la calle. Compra víveres y tabaco y hasta se ha ofrecido a echarme al buzón las cartas que te escribo. Pero yo me fío más del barbero que es un viejito sabio.

Mi amor, no hables con nadie, no mires a los hombres. Ten cuidado porque hay algunos que entran en los supermercados nada más que para ver de enredar a las cajeras bonitas.

María, ten paciencia. Si alguna vez se te pasara por la cabeza, cosa que no creo porque tú eres decente, faltarme, acuérdate de estas cartas que te escribo; de mí que llevo, a fuego, tu nombre escrito en el pecho, allí donde los hombres guardan sus buenas querencias y no las malas.

No leas los periódicos y, si lo haces, no te creas todas las basuras que traen. Yo sé que el *chino* no ha hecho nada de lo que ellos dicen. Yo le conozco y, de verdad, sé que a él nunca se le ocurriría matar y, mucho menos, dibujar sobre mujeres muertas. Créeme, el *chino* es inocente y aunque puede que sea cierto que le falta un agua y que estuvo en un tris de nacer mongólico, él nunca haría las cosas horribles de las que hasta la tele habla.

De verdad, él no es ese lunático que mata y escribe sobre sus víctimas «todas sois unas putas».

Los diarios nada dicen de un cómplice pero yo tengo un poco de miedo porque desde que nos embarcamos juntos en Terranova, hemos sido siempre inseparables. Y si él corre peligro, yo también. Por eso me he escondido con él.

El *chino* se entretiene haciendo arabescos sobre mi piel y se empeña en enseñarme los secretos de su arte. Yo me río y le digo: «Quita, quita», aunque a lo mejor me decido a aprender.

—¿Quieres que escribamos de nuevo su nombre? — me pregunta.

María, todo mi cuerpo, que nunca te olvida, ha empezado de esta forma a recordarte sin descanso.

El *chino* me dice: «Anda, enséñame otra vez la foto de tu novia».

—Es muy bonita —exclama maravillado cuando saco tu retrato.

LA MANÍA DE ESTHER

Esther siempre fue especial; especial por miles de motivos, uno de ellos era la seriedad absoluta; de niña miraba fijamente a las visitas sin apenas esbozar una sonrisa y cuando éstas decían que hay que ver qué nena tan mona, con gesto de supremo desprecio, la pequeña les daba la espalda para sentarse en un rincón del salón y ensimismarse en sus propios y particulares juegos.

—Y tú ¿qué quieres ser cuando seas mayor, bonita? —la asaeteaban a preguntas imbéciles a las que ella, indefectiblemente, contestaba que quería ser mamá. Oh, qué delicia, respondían las señoras.

—Y ¿cuántos hijitos te gustaría tener? —continuaban, insistentes y complacidas.

—Yo no quiero tener hijitos. Yo quiero ser mamá para casarme con papá —decía Esther entonces, con una contundencia agresiva, que sumía en la perplejidad a la concurrencia.

De las agradables veladas de los Fierro, la buena sociedad salía siempre comentando la mala suerte del matrimonio, tres hijos que eran unos cafres absolutos y una criatura, que aunque nacida en la mejor edad de los progenitores, estaba realmente como una cabra.

Con mamá Fierro, Electrita tampoco se recataba, así

que cuando la señora, preocupada por la manía de la menor, se empeñó en intentar quitarle aquella idea de su cabecita, se dio cuenta de que era un vano intento.

—Pero, mi amor, no te puedes casar con papá porque es tu papá y porque está casado con mamá —le explicaba pacientemente.

—Sí que puedo —decía Esther tozuda.

—No, corazón mío, no puedes.

—Sí que puedo, porque cuando yo sea mayor y tenga edad para casarme tú te tendrás que morir —opinaba Esther, enrojecida de ira y dejando a su mamá atribulada.

Un día mamá Fierro le dijo a papá Fierro que sería cuestión de llevar a la benjamina a la consulta de un doctor que, a decir de todos, era una maravilla.

—Para estas cosas de las manías, creo que es estupendo.

—Ni hablar —se negaba papá—. Yo no llevo a mi princesa a la consulta de un psiquiatra.

—Es un psicoanalista.

—Me da lo mismo, todos están igual de locos. Además, seguro —se convencía el señor— que a todas las niñas les pasa lo mismo a su edad, lo que ocurre es que no todas tienen la osadía de decirlo.

Algo de razón tenía el buen hombre porque lo que era descarar no le faltaba a Esther. La madre de la criatura, según iban pasando los años, iba poniéndose más atacada de los nervios porque es que hay que ver lo que es —se justificaba ante sí misma— enfrentarse a las miradas insondables de esta cría.

Otra cosa que desestabilizaba profundamente a la honrada dama era el tener que asistir impasible a las excesivas efusiones de la nena con su papaíto.

—Es que si la reprimimos es peor —argüía, acorralla-

do aquel lince de los negocios que se sentía impotente ante el asunto de su hija.

—Pero, Ernesto, tú tienes que hacer algo —opinaba la Fierro consorte, al borde del soponcio.

—Estoy seguro de que esto será algo pasajero.

Dado que para la madre aquello no parecía ser precisamente fugaz convenció al padre de que lo que le convenía era un cambio de aires. Esther ingresó a los doce años en un internado caro de Suiza en donde le enseñaban un montón de cosas que a ella le parecían innecesarias para su futuro.

Esther se preocupaba, por su cuenta, de llenar tales lagunas con libros que leía de contrabando cuando se suponía que tenía que estar entregada a un sueño reparador.

Las vacaciones en que volvió a casa no fueron alentadoras. Seguía amando desesperadamente a papá.

—Hay que tener paciencia, hay que tener paciencia —siguió manteniendo Ernesto al que, todo hay que decirlo, le halagaba enormemente el fervor de aquella princesa preciosa, dotada de una inusual inteligencia.

A los quince años, Esther demostró que era una persona de resolución y convicciones firmes. Ahora estudiaba en Londres y se preparaba en un colegio de segunda enseñanza para poder ingresar, en un par de años, en Oxford.

—Quiere ser economista —comentaba, con orgullo, Fierro, al tiempo que intentaba correr un tupido velo en torno a sus otros tres descendientes; muchachitos de dieciocho, diecinueve y veintiuno que se pasaban las tardes bebiendo cerveza, apostando a los caballos y seduciendo jovencitas de cualquier posición social.

Esther, por su parte, explicaba a todo el mundo que,

además de su pasión por todo lo exacto, en su inclinación hacia la economía había un motivo determinante.

—Quiero —aclaraba— ayudar a papá en... sus negocios.

—Magnífico, magnífico —respondían sus interlocutores con una sonrisilla disimulada.

Esther era ya una adolescente encantadora. De andares airosos, alta, de rostro bellísimo, la menor de los Fierro gustaba realmente a los varones muy jóvenes y a los padres no tan jóvenes de los varones jóvenes que ponían en una balanza el rumor de la manía de Esther y en la otra, el espléndido fortunón de los Fierro que, aunque a compartir entre cuatro, seguía siendo considerable.

CARTA A PAPÁ

Querido papá:

Espero que cuando recibas ésta, te encuentres bien y me hayas perdonado. Yo sé que el clima y la brisa de las islas griegas te van a sentar de maravilla y que vas a poner en claro tus ideas.

Desde que me desheredaste, hace exactamente dos meses, mi vida no ha sido la misma. Con los cheques que me pasa la abuelita y las transferencias bancarias de mamá apenas si tengo para nada y he tenido que despedir a Joe, que era tan buen chófer, tan guapo y tan solícito.

A la humillación de tener que conducir yo misma, se suma una avería de la limusina a la que no he podido hacer frente todavía. Así que, ahora, se me puede ver como a una paria, como una desheredada de la fortuna cualquiera, conduciendo el Citroen AX que compramos para el servicio.

Como comprenderás paso muchísima vergüenza.

La Riviera este año está algo alicaída, insoportablemente llena de nuevos ricos petulantes y sin clase.

Lo único que espero es no tener que verme obligada a permanecer aquí cuando termine la *season* y encima sin Joe, que es un chico que consuela tanto.

Si mi situación económica no fuera tan paupérrima te

habría enviado un regalo como he hecho durante toda mi vida en cada uno de tus cumpleaños. Porque un padre es un padre y a un padre se le perdona todo, incluso aquel feo tan espantoso que me hiciste con Lord Dumsay cuando visitábamos Nueva Delhi. Porque yo entiendo que estuvieras preocupado por mi felicidad futura y que quisieras buscarme un buen marido, de acuerdo con nuestro rango y posición. Pero no fue nada halagador que quisieras echarme en los brazos de aquel botarate. Francamente papá, a una hija no se la cambia por la mitad de tus acciones en Felguera y Hunosa y menos a un imbécil como el lord aquel con menos conversación que una momia egipcia, un aburrimiento, la verdad. En cambio, Joe es un muchacho de futuro, lleno de energía, emprendedor y decidido como tú dices siempre que deben de ser los hombres.

Se parece tanto a ti, papá, que más de una vez he pensado que deberías darle una oportunidad.

Como tú, ha salido de los suburbios y ha tenido que sobrevivir a la dura ley de la calle. A los siete años, vendía periódicos; a los doce, chocolate libanés y a los diecisiete vendió una prima preciosa a un kuwaití podrido en petrodólares.

Yo creo que, como tú, será un gran financiero. Porque sabrás que el negocio de las viejas ricas lo dejó hace meses y ahora quiere trabajar ordenadamente; será por eso por lo que viaja constantemente a Colombia, igual que tú. Es tan guapo, tan masculino, tan arrebatador que, aunque te parezca reprochable, pienso reunirme con él en breve, en Florida.

Papi, siento muchísimo que al final tuvieras que suspender mi boda con lord Dumsay y que te llevaras aquel

soponcio con lo de Joe. Eso te pasa por entrar en los dormitorios ajenos sin llamar antes.

Cariño mío, espero que pases un buen día de cumpleaños. Dale recuerdos a la ordinaria de tu nueva esposa y vigila al guardaespaldas, ese musculoso que contrató.

Anda, sé bueno y no te olvides de revisar tus últimas voluntades, sabes que siempre he sentido debilidad por aquella flota chiquitita que le compraste a Onassis.

¡Me haría tanta ilusión!

Recibe besos de tu nena que te quiere.

Daisy.

DE ALGUNA DE LAS CASAS CERCANAS

El hombre tenía la piel húmeda, estaba sudoroso y de un momento a otro gruesas gotas de sudor comenzarían a resbalar por su cara. El hombre tenía la cara redonda, la cara como un pan, como una luna, y tenía una papada blanda que se estremecía al ritmo de sus palabras.

—Entiéndalo, señorita, las normas son las normas.

Emma ni siquiera se molestó en responder, le dio la espalda y comenzó a recoger sus cosas. La voz de aquel tipo con pinta de tendero le llegaba a rachas, a retazos, porque había demasiadas cosas en qué pensar como para concentrarse en el discurso imparable del fondista.

Afuera la esperaba Charlie. Por suerte, era de noche. Además aquel pueblo no se caracterizaba precisamente por su derroche de luz.

Charlie estaba pálido, intentaba soportar el dolor y, acurrucado, como si tuviera un frío intenso, ocultaba la mancha de sangre que crecía en su camisa.

El hostel era de ínfima categoría, no tenía agua caliente ni baño individual y una escalera empinada y estrecha subía a las habitaciones.

El hombre había reclamado su carnet de identidad o el de su acompañante, y había mirado a la chica con

esa complicidad de quien está acostumbrado a las flaquezas ajenas pero no las acepta.

Ni Emma ni Charlie (Carlitos para el barrio de toda la vida) tenían el DNI porque hay ciertas cosas que no se hacen con toda la documentación encima y en regla.

Cuando Emma estaba terminando de recoger los bultos, sintió las manos del hombre.

—Claro que siempre podemos llegar a un arreglo...

No se veía un alma. Algún perro muy lejano ladraba. Aun así, Emma tomó la precaución de mirar en todas las direcciones. Una vez tranquilizada, abrió la portezuela del auto. Su compañero parecía haber perdido la presencia de ánimo; un rictus de dolor le desfiguraba la boca. Estaba lívido. Las manos temblorosas que mantenían la americana sobre los hombros parecían dos desusadas garras.

Instintivamente se había palpado el pecho y se le habían quedado las yemas de un rosa trémulo, como si la sangre fuera perdiendo su color escandaloso con sólo alejarse de la herida abierta.

—Vamos —le conminó Emma, que se aproximó a él e intentó mover aquel peso medroso.

—Vamos, Charlie, enseguida vendrá un médico —estuvo a punto de decir un matasanos pero se corrigió a tiempo porque aquello era parte de un juego en el que no tenían cabida los extraños.

Charlie la miró con los ojos exageradamente abiertos y la cara encendida por la fiebre. Salió del coche y se apoyó en el hombro de Emma, un hombro ancho, cálido, acogedor.

—Estoy mal, Emma, estoy muy mal —sollozó mientras notaba que otro cuerpo, el del hombre del hostel, se ponía a su lado para ofrecerle ayuda.

Veía la luz de la casa, pero la veía como un punto que nunca fuera a ser próximo; era difícil precisar otros contornos, los muros, los coches aparcados, los alejados curiosos que se acercaban a sus ventanas, disimulando entre las cortinas y la sombra de una bombilla recién apagada.

Charlie no podía distinguir esta o aquella luz; tampoco los distantes perfiles del pueblo.

—Ahora, cariño, tranquilízate —dijo Emma preocupada por el abatimiento físico de su hombre.

Hacía meses que lo habían planeado. Habían pensado en todos los detalles; calculado cada movimiento; previsto este y aquel azar. Había que hacer cualquier cosa para abandonar aquella mísera estrechez, las 45.000 pesetas mensuales, el apartamento con olor a matarratas, los paseos a pie con tantos bugatis esperando.

Llegaron a la sucursal a las ocho y diez, poco después de que el portero abriera como cada mañana.

Cada empleado ocupaba ya su sitio aunque el banco no había empezado aún a registrar el movimiento normal. Fue entonces cuando Emma se acercó a la última ventanilla. Lo hizo a cara descubierta, con una peluca castaña y un exagerado maquillaje que le transformaba las facciones.

Charlie cerró la puerta tras él y se quedó allí, arma en mano, dominando toda la extensión de la oficina.

—Todo el mundo al suelo —ordenó mientras la chica conminaba al cajero.

Sabía que podía pulsar la alarma e irse todo al garete en un santiamén pero confiaba en su olfato y en el instinto de supervivencia de aquel empleado que ella había elegido concienzudamente, entre decenas de oficinistas bancarios de la ciudad. El cajero tenía toda la pinta de temblar, de no estar dispuesto a jugar a hé-

roe, a hipotecar su pellejo por un ascenso o por unas cuantas decenas de millones que nunca serían suyas.

—Abra la caja y mucho cuidado con lo que hace —susurró Emma.

El hombre parecía hipnotizado, casi inmóvil, le costó unos segundos ser de nuevo dueño de sus movimientos; dirigirse a la caja de seguridad.

La abrió con parsimonia y comenzó a meter fajos en la bolsa de plástico; una bolsa gris de ésas para guardar basura. Se eternizaba.

—Venga, deprisa, deprisa —gritaba Charlie desesperado.

Dos minutos más tarde corrían hacia el auto.

Emma rodeó el coche para entrar por la puerta del conductor; Charlie no pudo ser el copiloto sereno que había prometido porque aquel maldito comemierda del cajero había salido con una pistola.

Acababa el muy cerdo de alcanzarle.

Pero el demonio les ayudó porque consiguieron eludir toda posible persecución y volaron por una autopista limpia en la que el calor ponía, sobre el asfalto, un mar de tembloroso humo.

—Me tienen que ayudar... —gimió Charlie mirando a su compañera. Estaba absorta, obediente al volante, empecinada en la línea de la carretera que reaparecía de continuo en el horizonte. Y eso que no dejaban de chupar millas.

—Tienes que resistir —le animó ella.

Abandonaron la ciudad, recorrieron kilómetros y kilómetros hasta dejar tras de sí cinco o seis pueblos de cuyos nombres nunca habían oído hablar.

El sol fue rectificando su posición y, poco a poco, se hizo de noche.

El dueño de la fonda terminó de colocar a Charlie en la cama.

—Me va a poner perdidas las sábanas —dijo a una Emma rabiosa que lo miraba toda rencor.

Emma se dio la vuelta, se agachó y revolvió en su bolsa de viaje.

—Cómprase otras nuevas —le repuso secamente, alargándole cinco billetes de mil.

Charlie gemía, tenía los labios casi malvas, entreabiertos, y sollozaba.

—Me voy a morir, me voy a morir —repetía con una voz asustada que ella nunca había conocido.

Daba miedo, era cierto, aquella mancha que crecía, daba miedo comprobar de qué manera su piel parecía cada vez más de papel. «Hijo de la gran puta», maldijo Emma. Lo dijo para sí y en honor del cajero y así se desahogó porque estaba fuera de sí e intentaba poner en orden sus ideas, recuperar la calma.

—Por aquí es difícil que encuentre quien quiera atenderlo... —insinuó el hombre del motel— porque imagino que ustedes querrán discreción; alguien que no dé parte a la policía...

—Todo tiene su precio, ¿no? —retó Emma—. Pues cualquiera que sea, yo puedo pagarlo.

Iba a acercarse a su bolsa de viaje. Llena de coraje estaba dispuesta a hacer algo imprudente: sacar un puñado de aquellos malditos fajos, cuando la voz del hombre la detuvo.

—Ya le dije que usted y yo siempre podremos entendernos...

El doctor que el fondista le había proporcionado tenía pinta de cualquier cosa menos de doctor. A buen seguro era un experto en toda clase de licores y a buen se-

guro alguna vez había conocido la sensación del agua sobre su cuerpo pero debió ser hacía demasiado tiempo porque ahora su esqueleto aparecía recubierto de una capa de polvo y porquería, amén de alguna vestimenta.

—Y este viejo ¿quién es? ¿A esto le llama usted médico? —chilló Emma, fuera de sí, señalando al dipsómano.

—Tiene muy buena mano —se limitó a decir el otro.

Había venido provisto del instrumental preciso. Tan sólo pidió que le calentaran agua.

—Augg, augg —se oía gritar a Charlie.

—Maldito, bastardo —pronunció Emma entre dientes. Cuando entró en la habitación, Charlie todavía temblaba furiosamente.

—Ha perdido demasiada sangre. Es peligroso —explicó el galeno, lacónico.

Charlie se había quedado dormido. Emma le pasaba de vez en cuando las manos por la frente o le acercaba a los labios ardentosos, el vaso de agua.

—Será perfecto... el golpe... mamá... el golpe —deliraba el muchacho.

Tenía el cabello largo y oscuro; era de facciones grandes. Normalmente no aparentaba los veintiún años que tenía pero en aquella cama, con la delgadez extrema de su reciente herida todavía parecía más niño.

Emma lo miró con preocupación, besó suavemente sus labios enfebrecidos y se levantó.

Salió de puntillas del cuarto y bajó con desgana la escalera. Al final de ella, el hombre de la piel húmeda aguardaba.

Apenas si estuvo una hora fuera y, sin embargo, fue suficiente.

Cuando llegó junto a la cama de Charlie, éste tenía los ojos abiertos. «¿Estás mejor, mi amor?», estuvo a punto

de preguntar pero se dio cuenta a tiempo. Charlie ya no miraba.

De la herida había manado un pequeño borbotón de sangre que le mojaba la última camisa. Quedaba, le pareció a ella, un mínimo calor en las manos rígidas y a esa ilusoria tibieza se abrazó.

Lloró sin hacer ruido, quedamente. Lloró por Charlie. «Nadie, se dijo, envidiará la suerte de quienes tienen lo que a ti te falta».

Era un juramento.

Necesitaba tomar aire y salió a la noche. Subió al auto y pisó el acelerador; dejó que el viento gélido entrara por las ventanillas.

Siguió carretera adelante, sin rumbo, desnortada, hasta que, junto a un pequeño seto y una hilera de casas, paró la marcha.

Abrió la guantera; eran tantas sus ansias de acariciar que le reconfortó el tacto del metal, la culata nacarada, casi *femenina, delicadísima*.

Descendió del automóvil y caminó sin vacilar por un camino de gravilla.

Había luna llena.

De alguna de las casas cercanas llegó una detonación; un estampido sordo al que, al principio, nadie supo encontrar explicación.

OSCURO Y BRILLANTE

Era la primera vez que veía un cuervo.

—¡Bonito! —le decía.

—Pareces tonto —se burlaba su mujer que ahora no hacía sino hartarse de verlo alrededor del animal.

—Me gusta este bicho —confesaba y sentía un secreto orgullo que provenía del hecho de que hubiese sido su hijo Andrés quien se lo hubiera traído. Lo había atrapado en el monte y se lo había traído.

—Es un regalo por tu cumpleaños —le explicó con la voz cambiada por la emoción; que su padre lo mirase admirativamente le halagaba.

—¡Eres un fenómeno, chico, eres un fenómeno!

A lo largo de su vida, Andrés le había llevado toda clase de bichos; al principio, cuando era niño, reptiles: lagartijas, sobre todo, a las que les hacía un habitáculo en una caja de cartón. A él, ese tipo de animales no le gustaba pero nunca se atrevió a defraudar al chico y jamás se negó a ser su cómplice en aquel tipo de juego.

Pero se alegró de que empezase a capturar palomas, mirlos o estorninos. En la azotea habían montado una pajarería gigante.

—Son pájaros muy inteligentes —aclaraba a sus con-

tertulios de dominó como queriendo dejar claro que no se trataba de un monumental nido cualquiera.

—Me van a volver loca —se quejaba a veces la madre cuando se le metían en el oído el silbido, el piar enloquecido de aquellos pajaritos prisioneros.

Su hijo Andrés tenía veinte años; a esa edad él ya había ido a América, había dormido sobre la cubierta de un barco y había trabajado como cargador en los muelles argentinos. Gracias a eso, gracias al dinero que se trajo de allá, Andrés, que era carpintero, no había pasado necesidades nunca y era dueño, como su hermano, de un taller, de su propia carpintería.

Andrés aún no se había casado. Vivía con ellos y después del trabajo, cuando no salía con los amigos o con alguna chica, hablaban largamente fumando, a las puertas de la casa. Él le hablaba de la guerra lejana, de las calles de Buenos Aires, le contaba la historia de Juan, aquel muchacho taciturno que mató a su novia en un ataque de locura.

Y, claro, también charlaban de pájaros.

—¿No encuentras raro al *morocho*? —preguntaba Andrés.

La mujer, cuando daban las dos de la madrugada, los obligaba a entrar, a cerrar la cancela y la puerta al mal aire y a los malos espíritus.

Cuando Andrés capturó el cuervo, él fue desmedidamente feliz.

—Voy a enseñarle a hablar —dijo, de pronto, recordando aquel loro que hacía veinte años había alborotado el patio de la casa del alcalde.

—No sé, será difícil —dijo Andrés.

—Bueno, tú espera y verás.

Se sentaba frente a él, frente a la jaula grande que su hijo le había hecho.

—Ho, ho, ho, la, la, la —repetía una y otra vez, con una paciencia infinita.

—Y ¿para qué queremos que hable? —se reía su mujer. Ya suficientes disparates dices tú.

Habilitó la habitación de su hijo mayor, casado desde hacía siete años, colocó una mesa y una silla y allí pasaba largas horas con el cuervo que lo observaba fijamente con una mirada casi humana.

—Si quieres que te diga la verdad, a mí ese bicho me asusta —le decía muchas veces su mujer mientras buscaba, en la oscuridad del dormitorio y las sábanas, el calor de su cuerpo avezado.

Lo llamó Azabache porque era oscuro y brillante, y porque le pareció un buen nombre para un cuervo que estiraba el cuello cuando él, como saludo, cada mañana le regalaba un «¡bonito!», lleno de entusiasmo.

Estaba ya retirado pero como no le gustaba la inactividad solía ir al taller de su hijo a echarle una mano en las cuentas o para hacerle uno o dos recados. Pero desde que tenía el cuervo dedicaba casi todo el día al empeño de enseñarle a hablar.

Cuando su hijo mayor se enteró se enojó con él; siempre le había parecido una sandez el asunto de los pájaros y éste le pareció muchísimo peor.

—Papá, cualquiera diría que estás perdiendo la *chaveta* —le dijo una tarde bruscamente.

Le dolió; su mujer lo notó y le acarició el cabello ralo y canoso.

—¿Por qué no vuelves a pasarte mañana por el taller? —intentó el hijo.

Él quería excusarse, balbució algo y comenzó a po-

nerse nervioso, alterado como nunca había estado en presencia de los suyos. Se levantó de la mesa de su hijo, llegó hasta su casa y se fue con el cuervo.

—Por favor, hijo, respeta a tu padre —rogó ella con los ojos a punto de llenárseles de lágrimas.

—Lo siento, madre —se excusó y terminó de cenar en silencio como si un ángel hubiera pasado con una espada de fuego.

—¡¡Bonito!! —seguía diciéndole.

Varios días después comenzó a mostrarse exultante.

—Ya veréis, ya veréis —decía triunfal porque, al fin, su empeño, aseguraba, estaba a punto de terminar con éxito.

Estaba con el cuervo mañana y tarde; empezó a adelgazar, a perder color.

Fue exactamente la noche de un jueves cuando cayó enfermo. Tenía una fiebre altísima.

Fueron a por el médico pero cuando éste llegó, el mal, cualquiera que fuese, había avanzado. Andrés, que había ido a buscar al doctor, pudo comprobar a su vuelta que su padre tenía paralizada toda la mitad izquierda de su cuerpo.

—¿Cómo se encuentra, padre?

El enfermo lo miró; era como si se hubiese marchado lejos y lo mirase desde otro confín, desde otra orilla distante. Quiso abrir la boca y no pudo y tampoco pudo emitir sonido alguno porque había perdido la facultad de hablar.

La noche fue avanzando y con ella los temores que las sombras traen. La mujer y sus dos hijos cuidaban el sueño del hombre.

El silencio habitaba tan naturalmente los rincones que les sorprendió escuchar un ruido y después otro.

—Voy a ver —dijo Andrés.

Caminó por la casa con los ojos húmedos, caminó intentando ignorar la procedencia del sonido aunque lo sabía. Le latía demasiado el corazón cuando abrió el cuarto en donde estaba el cuervo; casi al mismo tiempo encendió la luz.

—¡Hola!, me llamo Azabache, ¿cuál es tu nombre?
—pronunció el cuervo.

Su voz era recia, resuelta, humana. Su voz era como la del hombre que agonizaba, mudo, en una cama.

OTRA VEZ BASORA

Nunca volvería a aquel tugurio. Lo había decidido en el momento en que miró al patrón y lo subrayó con aquel portazo. Ahora se lo decía otra vez mientras apresuraba el paso porque hacía frío y el aire se le colaba por el traje escotado a pesar del chaquetón de piel modesto.

No era una cantante de categoría, eso lo sabía, eso se lo decía a sí misma cada mañana, al tiempo que intentaba no ver en el espejo las arrugas de su cara. No era una gran cantante pero tampoco una arrastrada.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que todo le parecía al alcance de su mano, próximo, destino seguro.

Tenía condiciones, belleza, cierto estilo para moverse en el escenario.

Seguramente fue sólo la suerte la que le falló y, por supuesto, tampoco tuvo la fortuna de conocer a uno de esos compositores que, desde la nada, terminan siendo una mina.

Se fue de casa a los diecisiete años y con el grupo Los Esmeralda recorrió varios cientos de pueblos en los que su voz cálida terminaba siendo apagada por el estertor de la batería, por el estampido de los fuegos de artificio.

Con Los Esmeralda agotó cinco o seis repertorios, cinco o seis veranos distintos pero iguales en los que apenas

si sacaban para reponer instrumentos y comprar vestuario.

Entre todos y haciendo trabajillos extras se habían comprado una pequeña furgoneta para los desplazamientos. Una noche mientras se dirigían de uno a otro escenario, de una provincia a la siguiente, derraparon en una curva. Fue un trágico accidente en el que murió el batería, y a resultas del cual, los dos guitarras del conjunto reconsideraron su futuro musical. Uno de ellos volvió a trabajar en la imprenta de su padre y el otro tomó otra vez la bandeja y retornó a su antiguo oficio de camarero.

Con la parte que le correspondió de la venta de la furgoneta, una vez que se hubo disuelto el grupo, Gaby sobrevivió dos meses, el tiempo justo para buscarse una nueva formación, Los Huracanes, y seguir intentándolo.

Se acercaba a los veinticinco y a veces comenzaba a sentir ese vértigo de los años, el terror de descubrir un día que la vida ha pasado sin haber tenido realmente tiempo de apurarla.

Gaby apenas había vuelto por su casa, a veces lo deseaba pero se decía que lo haría en cuanto le empezara a ir bien en la música.

Con Los Huracanes comenzó a cantar canciones de Aretha Franklin, de Otis Redding, de voces negras que se desgarraban con alma. Su voz era profunda y llena de registros, no exenta de cierta hermosura; incluso estuvieron a punto de grabar un disco.

El batería de Los Huracanes se parecía a Jim Morrison, aunque se llamaba Ernesto.

Con Ernesto, Gaby se entendió fácilmente aunque más fuera del escenario que dentro de él. En realidad, fue su primera historia de amor seria. Fue cuando cantaba *Enciende mi pasión*, aquella cálida canción de Los Doors

cuando la escucharon y la contrataron para un club nocturno de cierta categoría. No es que estuvieran tocando techo ya pero era el principio del ascenso. Gaby y Los Huracanes duraron en La Caverna, exactamente seis meses, lo que era todo un récord en aquel local. Fue puro azar el hecho de que un par de periódicos le hicieran entrevistas; la fama parecía a dos pasos cuando un famoso productor, más interesado en Gaby que en Los Huracanes, contactó con ellos.

La última noche que la chica y los músicos tocaron juntos, Ernesto Morrison se las arregló para aporrear la batería de tal manera que consiguió tapar, ostensiblemente, la sensual voz de la solista. Fueron también las últimas baquetas de su vida porque las rompió y porque decidió hacerse con la presidencia de la empresa de construcción de su padre; después de todo era abogado desde hacía tres años.

Ernesto Morrison, cuando se cortó el pelo, dejó de parecerse a Jim, dato importante que ayudó a Gaby a ponerse del abatimiento amoroso.

Con casi veintisiete años, Gaby inició una carrera en solitario. Grabó un *plástico* que resultó un desastre y comenzó a vivir con el productor que la había sacado de La Caverna. El productor, Javier Ruiz, salía de miércoles a viernes en viaje de negocios. Aseguraba que se iba a Londres a contactar con los colegas del ramo pero, en realidad viajaba en metro hacia el lado Sur de la ciudad, en donde le esperaba el apartamento de otra cantante que se llamaba Gloria y a la que también producía.

Cuando el disco de Gloria comenzó a funcionar, milagrosamente, en las emisoras, Javier Ruiz se fue a vivir con ella durante toda la semana y Gaby intentó suicidarse.

A Gaby la salvaron a tiempo con un lavado de estómago pero no volvió a grabar ningún otro disco.

Se cambió a una pensión barata y empezó a cantar canciones italianas en salas de fiestas y salones discretos.

De las italianas Mina, Ornella Vanoni, pasó a los boleros, a los restaurantes de las afueras, a las canciones sentimentales que se siguen recordando en el motel de al lado.

En El Coto le pagaban poco pero el trabajo tampoco exigía demasiado. El pianista festoneaba unos acordes y ella, mientras repasaba mentalmente las ocupaciones que la entretendrían a la mañana siguiente, emulaba a Gloria Lasso; a la Guillot, incluso.

En El Coto vio de todo, aunque diríase que a ella apenas le interesaba nada. Y así estuvo siete años: llegaba, cantaba y se marchaba.

Cantaba sin alma, con aquel traje de lentejuelas verde, ajustado.

Cuando los dueños cerraron el local no le quedó más remedio que buscarse otro trabajo. Deambuló de un lado para otro hasta que encontró un night club pequeño, generalmente atestado y también incómodo que se llamaba el Basora. En el Basora cantaba *Amado mío* mientras se quitaba un guante. Cantaba también *Ansiedad* y *Bésame mucho* e interpretaba dos o tres canciones encendidas de María Jiménez.

Terminaba su show con un *Es mi hombre* que requería de un tango; un baile que ejecutaba muy estrechamente con un rubio mariquita del cuerpo de baile del local.

A media luz, Gaby resultaba todavía atractiva aunque el exceso de pintura en sus mejillas y en sus ojos lo que intentaba era ocultar una piel ya ligeramente marchita.

El traje verde de lentejuelas seguía sirviéndole aunque, cuando llegó al Basora, tuvo que hacerle algunas reformas como estrecharlo más y dotarlo de un generosísimo escote con la virtud de no ocultar casi nada a los ojos curiosos.

Además del verde, Gaby sacaba a escena otro rojo y uno negro, el del tango, que tenía aberturas a ambos lados de las piernas. Tal descubrimiento tenía una doble función, por un lado, la de facilitar las evoluciones que la canción exigía y, por otro, la de subir la temperatura del local para la hora del descorche.

La clientela del Basora no era lo que se dice exquisita; tampoco era exigente en materia musical.

En el Basora, Gaby cantaba con la pasión de los primeros años pero no era precisamente cuestión de entusiasmo. Se dejaba llevar por las palabras para no oír, para no mirar, para no sentirse tocada cuando paseaba entre las mesas, contoneándose y cantando a media voz quiero ser amada por ti y por nadie más...

El Basora olía a sudor, a ginebra barata, a humo de tabaco. A Gaby los ojos le escocían cuando aún no había terminado su número pero era precisamente el aire espeso y el lagrimeo una especie de bruma salvadora.

Con el traje rojo hacía también una serie de temas fijos, en medio de los cuales los tirantes del traje resbalaban, poco a poco, de sus hombros. Parecía casual y la clientela silbaba mientras algún voluntario se ofrecía a bajarle la cremallera cuando, estudiadamente, daba la espalda al público. El local se llenaba de comentarios soeces porque la visión de su trasero electrizaba a la concurrencia.

Gaby terminaba su actuación exhausta, llena de cansancio y hastío. En el camerino, bajo una luz mortecina,

se desmaquillaba después, dejándose siempre, como por azar, una sombra tristísima de rimmel.

Mientras los siguientes artistas entraban y salían, ella se cambiaba de ropa detrás del biombo. Después se ponía deprisa el chaquetón de piel y se perdía en las aceras camino de la pensión.

Cobraba 1.200 pesetas diarias pero podría haber llegado a las 5.000 si hubiese aceptado hacer barra después del show, «con la clientela tan a punto como la dejas», le decía la Puri.

La noche que decidió que nunca más volvería al Borsora, el patrón la había seguido hasta el camerino. Todavía sonaban los aplausos cuando Gaby se quitaba con energía el rouge de los labios.

—Mañana —le dijo— cantarás diez minutos menos.

Gaby pensó que lo que Alí intentaba era vengarse de ella por no querer incluir cinco o seis temas equívocos, francamente burdos.

Estaba tan cansada que no se inmutó; me da igual, razonó. Pero Alí explicó:

—A partir de mañana sólo cantarás cuatro temas y después del número del traje rojo haces streap-tease.

Gaby no había tenido tiempo esa noche de cambiarse de vestido así que, llena de rabia, tomó el chaquetón de piel y salió dando un portazo.

Hacía frío y el aire bajaba por su espalda desnuda.

Supo antes de llegar a la pensión y llorar en la cama, que ahora sí, que ahora definitivamente se habían acabado todos sus sueños.

Anduvo sin dirección varias horas hasta que le dolieron las piernas y se le entumecieron de frío las rodillas. Empezaba a dolerle la garganta y se asustó.

En su habitación se preparó una infusión de limón caliente, se tomó una aspirina y se abrigó en la cama.

La cuestión era no caer enferma porque estaba claro que al día siguiente tendría que volver otra vez a aquel tugurio: al Basora otra vez.

II

CORAZÓN DÉBIL

Le dolía la cabeza. Puede que fuera por los excesos de vodka de la víspera. O por la infinita cura de sueño que se imponía cada vez que la embargaba la inacción, la desesperante pasividad del desánimo. Se levantó dando traspies y en vez de lamentar su desmesura (había bebido como una auténtica cosaca) se dijo que era urgente cambiar la alfombra de su dormitorio, objeto persa que, lejos de volar como sería su obligación, se arrugaba de continuo bajo sus pies y la hacía trastabillar.

La condesa Angustias miró el reloj y comprobó con horror que eran sólo las diez y media de la mañana, como quien dice casi el amanecer; día tristísimo en el que a ella todavía no se le había ocurrido qué hacer.

Antes de que la servidumbre reparara en su presencia, sobre todo su fiel criado Chin Chin, decidió desandar lo andado y volver al lecho.

Se recostó de nuevo sobre los muchos almohadones y con los ojos, como una mártir antigua, clavados en el techo, comenzó a repasar lo que le dolía.

A la presidenta, por carambola, de la Oil Company no le dolía parte física alguna de su cuerpo serrano. Era ella, en realidad, una sanota mujer que en su vida, jamás, se había visto aquejada por mal alguno, exceptuando

a Oscarcito, ese monstruo que como un tumor le creció durante nueve meses dentro y durante nueve años, fuera. El dolor de Angustias era, pues, de índole moral, estaba hecho de la materia de los sentimientos; esa madera fina y olorosa que se quiebra tan pronto. La condesa Angustias hipaba, lloraba con desconsuelo, le caían lagrimones como monedas y pataleaba como una niña entre sábanas de seda. Todo (el llanto, el pataleo, los bramidos) lo hacía lo más silenciosamente posible porque sus pasiones, cada vez más, debían pertenecer al ámbito de lo secreto.

La última decepción se la había llevado con un falso príncipe ruso. Iván había resultado ser un canalla porque no sólo no descendía de los zares, no tenía un duro, no se llamaba Iván, no desayunaba con caviar ni tenía una residencia en Niza, sino que además estaba casado con una señora gruesa y tenía cinco hijos, el mayor de los cuales estaba a punto, en su Jaén natal, de ser llamado a quintas.

Iván, el terrible, no tenía treinta y cinco años como decía, no sabía una palabra de otra lengua extranjera que no fuese el caló que aprendió en una colonia de gitanos que recaló en su pueblo y además todo era mentira: él no quería a Angustias con el apasionamiento con que juraba.

Angustias estaba a punto de nombrarlo su secretario en asuntos internacionales cuando Cirilo Olmos, un detective que aspiraba al dulce corazón de la viuda y a sus no menos dulces rentas, le descubrió el pastel.

—Chiqui, este hombre había urdido un plan, según el cual te hubiera estafado tus buenos duros, después de haber abusado de ti —le explicó Cirilo con gesto gravísimo. Al oír la noticia, Angustias enrojeció de ira.

Qué importaban, se preguntó herida, las treinta y tantas veces que el terrible había pasado por su lecho, o los cheques en blanco que le había regalado frente a su amor propio; qué importaban, insistió, frente a su ilusión masacrada. Pero y ¿entonces?, se siguió preguntando, ¿qué idioma era aquel que el maldito había estado enseñándole durante casi tres meses?

Sinvergüenza, murmuró Angustias, resentida por los ímprobos esfuerzos que había tenido que realizar su cabecita y, claro, por su corazón de niña, destrozado de nuevo.

EL ESCÁNDALO

Si Angustias hubiera tenido la costumbre de llevar la cuenta de sus desastres, se habría percatado de que lo de Iván era su descalabro número treinta y tres, cifra que a otra más reflexiva la habría obligado a reconsiderar presente, pasado y futuro.

Por suerte, la buena mujer había tenido siempre la sanísima habilidad de saber poner borrón y cuenta nueva detrás de cada agravio y eso bien que la ayudó a seguir adelante.

A lo mejor fue precisamente su falta de memoria histórica lo que la abocó a equivocarse reiteradamente. En fin, se lo pasaba bien enamorándose y dilapidando la fortuna que su infortunado marido le había dejado como legado último (nosotros, respetuosos de su voluntad, poco tenemos que decir al respecto). Quien sí pensaba que tenía qué decir y mucho, era su cuñada Remedios (Reme), casada con su hermano Antón.

Reme pensaba que la loca de Angustias tiraba el dinero a manos llenas y que mucho mejor haría guardándolo para generaciones venideras, Oscarcito y las huestes belicosas (siete varones y dos hembras) que acampaban en su casa y que eran el resumen de doce años de bochornoso e insustancial matrimonio.

Reme y Antón, defensores acérrimos de la reproducción en el ordenado seno de una familia nuclear, vivían cómodamente en un chalé de las afueras que les había comprado la manirrota de Angustias, al tiempo que coleccionaban acciones de Duro Felguera y Forjas Alavessas y seguían, apasionadamente, el devenir ascendente de su saneadísima cuenta bancaria.

La feliz pareja, que no daba golpe gracias a la oportuna intervención de la condesa, pensaba que Angustias debía enmendarse. Ambos cónyuges, que discutían casi por todo, coincidían en una cosa: ya estaba bien de tanto escándalo.

—Un desliz se puede comprender —sentenciaba Antón refiriéndose al pequeño Óscar, nacido de un desvarío primaveral de Angustias, antes de conocer a su legítimo—. Pero lo que resulta inadmisibile es que lleve su viudedad con tan poco decoro.

—Es bochornoso —coincidía Reme, que siempre se preguntaba qué necesidad de golpear tenía su cuñada siendo propietaria de una compañía petrolífera, amén de una de las fortunas más sólidas del país. En fin, una dama tan acaudalada.

—Ya tiene edad para sentar cabeza —opinaba Antón que, aunque le llevaba sólo diez años aparentaba veinticinco años más y eso lo tenía envenenado.

—La cabra al monte tira —se decía Reme para sus adentros. Y es que ella, que era muy poco agraciada, siempre se había consolado pensando que la belleza es el primer paso en el camino seguro de la perdición.

—Lo que debía hacer mi hermana es casarse otra vez...

—Como está, está bien —intervenía Reme, temerosa de que aumentase la prole angustiniana y, por tanto, el número de personas entre las que repartir el dorado im-

perio del negro crudo. Cada vez que Angustias salía en el *Hola* del brazo de algún play boy guapo, Reme se ponía endemoniada, le zurraba a sus infernales vástagos y se la montaba por todo lo alto a su marido Antón.

—Eres —le gritaba— un calzonazos. Tu obligación como hermano mayor es hacerle entrar en vereda; que se deje ya de afrentar tu apellido. No, si es lo que yo digo: con tanto mamarracho a su alrededor, esa bruta nos arruina; te digo yo que nos arruina, que se lo gasta todo en hombres.

—Bueno, mujer, después de todo el dinero es suyo —se atrevía a insinuar Antón. Error fatal que hacía coincidir, como si de una conjunción astral se tratase, todo un fuego de floreros en su cabeza de redomada calvicie.

MÁS ALLÁ DE LA CIUDAD
(Cirilo Olmos)

Cirilo Olmos llegó a la vida de Angustias una mañana de tempestad. La sin par condesa había estado contemplando, con languidez, desde su dormitorio caldeado, las gruesas gotas de lluvia. Los goterones resbalaban por las cristaleras desde las que podía contemplarse el mar, cuando la doncella le anunció que abajo, en el salón, un caballero la esperaba. Angustias se estremeció, el chubasco que emborronaba las ventanas no era el único temporal de aquella semana.

Ordenó a la doncella que comunicase a su visitante que en media hora estaría con él y se dio, con desgana, una ducha tibia que fue arrastrando los malos presagios; las huellas de la tristeza sobre su rostro.

En ese momento, la pobre condesa estaba diciendo una tontería. Se decía que, en adelante, Oscarcito y Chin Chin serían los únicos hombres de su vida. «Si no acabo con el amor, el amor acaba conmigo», concluyó con una de las frases más brillantes que en algo más de treinta años de vida se le había ocurrido.

Cuando Angustias estuvo lista para atender al madrugador, presentaba un aspecto espléndido. Y es que a la buena condesa la naturaleza no le había escatimado prácticamente ninguno de sus dones. Era una real hembra

con un único defecto: cierta ausencia de ideas y una invencible imposibilidad para la reflexión.

Angustias tampoco era enteramente tonta; tenía una inteligencia natural para los negocios y, aunque casi siempre por la vía del corazón, se la daban con queso, hacía con frecuencia ventajosísimas transacciones. Pero como pensar le costaba y le aburría muchísimo contaba, desde hacía tiempo, con los servicios de un asesor en asuntos económicos (con demasiada afición, todo hay que decirlo, a las carreras de caballos y a las apuestas).

Cirilo Olmos no se parecía a ninguno de los hombres que conocía. Era delgado, extremadamente delgado, casi ascético. Guardaba cierto parecido con Gumersindo, el malévolo preceptor al que una sobredosis retiró de la enseñanza, pero su aspecto difería notablemente del de éste. Gumersindo era enjuto y Olmos, simplemente, flaco y elegante incluso. Le brillaban los ojos. Era un resplandor casi sobrenatural que Angustias atribuyó a su presencia, a la serena contemplación de sus perfectas hechuras y que cualquier observador imparcial habría achacado a lo mismo o a una empedernida e irremediable adicción a la morfina.

Cirilo Olmos pertenecía a esa clase de hombres que Angustias rara vez trataba. Para ella los feos eran como para otras personas los chinos. Angustias, que era capaz de distinguir a Chin Chin entre un millón, no veía la diferencia entre un señor horroroso y otro.

Olmos, además de poseer un rostro que era como la noche del día de un efebo, usaba gafas. Reunía tantas dioptrías en cada ojo, que su mirada parecía, para quien la observaba, algo lejanísimo y distraído.

Era ésta, sin embargo, una apreciación equivocada.
—¿Y bien? —inquirió Angustias después de que am-

bos contendientes hubiesen medido sus armas y de que la condesa decidiese que aquel caballero no era en absoluto rival a tener en cuenta.

—Me trae hasta su casa —pronunció Olmos con voz lenta— tan sólo la curiosidad. Quería conocer a la que fue la mujer de mi gran amigo.

—¿A quién se refiere? —preguntó Angustias con cierto candor habitual que no ocultaba ni un ápice de fingimiento.

—Al difunto, a su esposo... —titubeó Olmos desconcertado.

—Ah, bueno... —exclamó aliviada Angustias que desde niña se había sentido incómoda con los acertijos.

—Felipe y yo, estuvimos muy unidos en una época. ¿No le habló nunca de mí?

Angustias hizo un gesto leve y sonrió porque le azoraba un poco tener que reconocer que el finado hablaba como una cotorra y que ella jamás le hacía maldito caso. «¿Te he contado Angustias lo que me pasó la primera vez que fui a Valparaíso?», decía el buen señor mientras Angustias, que siempre respondía que sí, que ya se lo había contado, se pintaba las uñas de los pies sin pensar en nada pero con todo su sistema auditivo voluntariamente bloqueado.

—Estaba en Asunción cuando me llegó la noticia de su muerte... —le contó Olmos.

A Angustias aquello le pareció de malísimo gusto, miró nuevamente a la cara de su interlocutor y decidió que, efectivamente, tenía toda la pinta del típico putaño. Si Angustias, en su edad escolar, no hubiese estado tan distraída siempre en las clases de geografía cuando repasaban capitales del mundo, se habría evitado la presente incomodidad, el sofoco del que intentó salir con

un extemporáneo «bueno, bueno, ya hace siete años de eso».

Cirilo Olmos parpadeó. Cambió de postura y dijo algo relativo a su propia vida. «Más allá de la ciudad», le oyó pronunciar Angustias que hacía rato había dejado de escucharle. «Pensaba ejercer aquí», captó ella de nuevo.

El hombre se miraba la punta de los zapatos. «He pensado que usted podría ayudarme», dijo con voz clara. Iba a continuar cuando Chin Chin interrumpió su discurso.

—Condesa —anunció el criado predilecto de Angustias—, el masajista acaba de llegar.

La condesa salió corriendo casi sin despedirse y se arrojó a los brazos fornidos de Arturo con el alivio con que el converso se echa a los confortadores brazos de la religión.

Cuando Arturo se demoraba con sabiduría en su espalda, Angustias tomó dos resoluciones. La primera se refería a los emolumentos del cuerpo que tenía a su lado, «de subiré el sueldo», decidió.

La segunda resolución tenía que ver con el citado cuerpo y con su corazón.

—La mancha de una mora... —por más que lo intentó no pudo recordar el final pero, en ningún momento, se le escapó cuál era la intención de la frase.

—Ay, Arturo, qué bien lo haces... —dijo poniendo en su voz todas las inflexiones necesarias para el caso.

PROBLEMA FINAL

Se peinaba con indolencia; con una pereza casi sensual dejaba que el peine abriera canales en la cabellera larga y rojiza. Tenía la cabeza agachada. La melena le caía en torrente sobre la cara y terminaba en sus rodillas recién despiertas.

La condesa Angustias repetía cada mañana el mismo rito.

Abría los ojos, permanecía echada boca arriba en el lecho, generalmente un cuarto de hora; corto tiempo de haraganeo tras el cual caminaba como una sonámbula por la habitación. Después se sentaba frente al tocador, observaba atentamente los contornos de sus ojos aún hinchados por el sueño, los pómulos altos, tersos e impecables aún y se empleaba en la delicadísima tarea de ordenar su pelo.

Los que tuvieron la suerte o la osadía de contemplarla en semejante situación pudieron ver una escena que prácticamente parecía salida de un lienzo porque Angustias, descuidada de todo lo que no fuera el desorden de su melena, solía mostrar el escorzo de un hombro desnudo por el que se deslizaba sabiamente el camisón y el territorio perfecto y sedoso de su espalda, piel, por lo general, excesivamente pálida.

Si Cirilo Olmos hubiera podido entrar aquella mañana en el interior de aquella habitación, si se hubiese podido enfrascar en la belleza vulnerable de la condesa habría entendido seguramente por qué el difunto había tenido la ventolera, a sus años, de llevar a la joven Angustias al tálamo nupcial y, lo que es más, nombrarla heredera universal de un imperio, la Oil Company, en el que tampoco se ponía el sol.

Aun cuando Cirilo Olmos hubiese estado, por poner un ejemplo, atisbando por el ojo de la cerradura (algo que no tenía por costumbre) y fuese, por tanto, un vulgar lascivo *no le habría quedado más remedio que reconocer que allí, frente a aquel espejo, había no sólo una mujer, y no sólo una mujer hermosa y joven sino el latido mismo del misterio más profundo, el temblor que tímidamente nos hace intuir la verdad.*

Ajeno a todo esto, Cirilo Olmos desayunaba en ese momento. Desayunaba tostadas con mantequilla y café con leche en un tazón desportillado y tenía, además, la desdicha de ser un zafio.

A él, jamás, ni por asomo, se le habrían ocurrido, frente a la reveladora visión citada, reflexiones profundas.

Cirilo Olmos era detective y basta.

Mucho más tarde, cuando Olmos dejó de mojar el pan en el tazón y de salpicar el mantel de cuadros de doña Hortensia, la dueña de la pensión en que vivía, y Angustias terminó de peinarse como una virgen bárbara antes de un sacrificio, sus vidas sufrieron un transitorio y momentáneo encuentro.

—¿Diga?— preguntó Angustias mientras Chin Chin, que había ido a avisarla hasta su cuarto, la miraba con satisfacción como el escultor que contempla una obra propia.

—¿Me recuerda?— preguntó Olmos, al otro lado del

teléfono. Angustias repuso que sí y, aunque en otras circunstancias, con cierto tono de voz, habría mostrado su contrariedad, en aquel momento, recién salida de su yoga capilar, contestó hasta con gusto.

—¡Ah!, buenos días, señor Olmos...

La mística del peine la perdió porque Olmos, como buen sabueso, supo aprovechar aquella ventaja.

—Necesito tratar con usted un tema importante— dijo y sin dar tiempo a que la bella se negase, colgó el auricular y descolgó del prehistórico perchero de su cuarto un gabán no menos remoto que se ajustaba tan perfectamente a su cuerpo que no faltó quien pensara que, en realidad, formaba parte de él como una segunda piel, o que era, más exactamente, una extensión de él mismo casi tan desafortunada como el resto de su esqueleto.

Quería trabajar, quería poner al servicio de ella cuanto había aprendido en veinticinco años de profesión.

Deseaba ser su jefe de seguridad, su olisqueador particular como si su fama de mujer que se equivocaba hubiera sido algo conocido de uno a otro confín.

—Y ¿para qué quiero yo un detective propio y fijo?— preguntó Angustias mirando con estupor a aquel sujeto que acababa de plantársele en su casa, que con parsimonia encendía una pipa de aromático tabaco inglés.

—Para protegerla, claro...

—Y ¿de quién?— Angustias sonreía retadora. Entonces Olmos le dijo tranquilamente: «vea esta vieja fotografía del difunto».

El extinto dueño de la Oil aún no peinaba canas. Tenía entre sus labios un grueso puro y ninguna arruga en la frente. Angustias nunca lo había visto ataviado con sombrero ni conocía aquella sonrisa juvenil de corbata blanca.

Tampoco había tenido jamás referencia de aquella pandilla de amigotes: muchachos elegantísimos, de mirada turbia; jóvenes bajo la advocación de San Valentín, capos imperturbables que, con un poco de suerte, ya no gozaban de mala o buena salud.

—De todo esto ya ha llovido mucho— se atrevió a decir la condesa haciendo en ese momento, como en ningún otro, honor a su nombre.

Tenía miedo, Olmos la miraba con fijeza.

—Lo pensaré— pronunció intentando ganar tiempo (más tarde le pediría consejo a Chin Chin).

—Como quiera —concedió el que en otro tiempo seguramente, pensó Angustias, había sido un matón.

—No tarde mucho en decidirse, es peligroso.

Cuando Olmos abandonó la casa la condesa era un manojo de nervios.

—Ay, ay, ay, ay— se dolía mientras pensaba lo equivocada que había estado al creer que aquélla, la que gozaba, era una fortuna decentemente amasada.

Comenzó a llorar.

Las amargas lágrimas de la condesa caían y caían. Tenía la vista nublada por el llanto cuando acertó a ver algo en el suelo. Se acercó. Era la foto reveladora de Olmos; ver aquel pedazo de papel perdido la desconsoló más aún.

Sus gemidos subieron de volumen; armó tal ruido que hasta la oyó Chin Chin que, en ese momento practicaba kárate, a considerable distancia.

El fiel oriental al escuchar el lamento de la condesa se aprestó a acudir a su lado.

—¿Qué le ocurre?— preguntó en nítido castellano y no en ese imbécil lenguaje lleno de *eles* que la vecindad le atribuía.

Angustias como pudo se lo explicó todo.

Chin Chin la oyó en sagrado silencio; la miraba a ella y miraba la foto.

Cuando Angustias hubo concluido su relato, el criado chino, su más leal y antiguo servidor, le preguntó con suavidad, sin perder la calma, con un tacto delicadísimo, con una dulzura sin par, si de verdad, de verdad, no recordaba ya que el difunto era rubio y medio calvo y tan cegato que se libró de la mili, y que tenía un bigotillo absolutamente ridículo del que no se separó nunca, nunca.

—No se parece nada a éste de la foto, señorita —opinó y después, hablando para sí, monologando, se dijo que ciertamente le hubiera gustado y le habría parecido de justicia que Angustias, con lo guapa y buena que era, se hubiera casado con el mismísimo Robert de Niro.



Dolores Campos-Herrero nació en Arona (Tenerife) un poco después de que se inventara el rock and roll. No obstante creció al ritmo de las aventuras del capitán Trueno y de los festivales de la canción de Eurovisión. En 1985 publicó su primer libro de poemas (*Chanel número cinco*) y, en el 88, otro de relatos (*Daiquiri y otros cuentos*).

Admira a Dickens, a Cortázar, a Robert Graves, y a Juan Marsé, entre otros. Y, aunque vive para la literatura, come del periodismo: en la actualidad trabaja en Televisión Española en Canarias.

Este libro se terminó de
imprimir en los talleres de
NUEVA GRÁFICA, S.A.L.
en el mes de julio de 1989

nuevas

ESCRITURAS CANARIAS

Basora no es un tratado sobre las pasiones inútiles; sin embargo, las conductas amorosas, las mil y una formas de amor son el punto de partida de buena parte de los relatos que componen el libro. En *Basora*, la autora ha iniciado una búsqueda que la lleva a fórmulas que distan de las empleadas en *Daiquiri* aunque persiste en ella una indudable voluntad de estilo.

Por *Basora* circula una geografía imaginaria, el paisaje real de la interrelación humana y una galería de personajes, entre los que no falta la condesa Angustias.

La ironía, el tono agridulce que ha caracterizado a la autora, cabe también encontrarlo en estas páginas.



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem